



BOOMAN Y LOS ALIENIGENAS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

BOOMAN Y LOS ALIENÍGENAS

KELLTOM McINTIRE

CAPÍTULO PRIMERO

Al anochecer de aquella lluviosa noche de noviembre, el joven doctor Morris detuvo suavemente su jeep ante el bar de Terence Berenson. El bar de Berenson estaba muy bien situado: justo en la esquina de Liberty Street, a la entrada de Highstone, en el cruce de las carreteras a las vecinas localidades de Medford y Longley Clouds. Frente al bar de Berenson, donde también se servían comidas y funcionaba una discoteca los fines de semana y festivos, se hallaba ubicada una de las dos estaciones de servicio de Highstone.

Por su excelente situación, el bar de Terence Berenson era muy frecuentado por camioneros, conductores de autobuses, gente de paso que conducía sus automóviles y también por los más jóvenes ciudadanos del lugar.

E! doctor Morris apagó los faros y abrochó los botones de su confortable chaquetón de cuero con las vueltas de borreguillo crudo. El doctor Morris, a pesar de su relativa juventud —treinta y seis años — era un individuo cuidadoso, pausado y reflexivo, que jamás se apresuraba, pero siempre llegaba puntual a sus citas.

Salió del coche y ascendió los tres peldaños que daban acceso al bar por la entrada situada frente a la gasolinera. Antes de empujar la puerta, se detuvo un momento ante los cristales empañados y dirigió una fugaz ojeada hacia la estación de servicio. Desde su cabina, Jim Kane, encargado de la gasolinera, lo saludó con su acostumbrada jovialidad agitando un brazo. El doctor Morris, un tanto distraído, respondió del mismo modo y penetró en el bar.

Había camioneros robustos en la barra consumiendo montañas de hamburguesas, salchichas y grandes jarras de cerveza. En la zona discretamente separada por una valla de hierro artísticamente forjada, Morris vio a varias parejas jóvenes que se acariciaban disimulada y tímidamente las manos o sorbían, aburridos, sus cócteles dulzones e inofensivos. Un grupo de muchachos, entre los quince y los veinte años, cambiaban encendidos comentarios sobre una próxima excursión a Eagles Pike y bebían extasiados sus refrescos de cola.

Había muchas más personas en la barra, unos conocidos, otros

forasteros de paso, que comían y bebían sin ocuparse de la gente de alrededor.
Algunas cabezas se volvieron cuando entró el doctor Morris. Algunos le miraron con reproche porque, junto con él, había penetrado en el local una furiosa ráfaga de aire helado. Otros le dirigieron miradas indiferentes o deliberadamente despectivas. Sólo Terence Berenson y unos de sus hijos, que trabajaban afanosamente tras la barra, recibieron la presencia del médico con un gesto de saludo amistoso.
Verdaderamente, Jordan Morris no era un hombre simpático. Tampoco era elegante, ni un buen deportista, como el veterano doctor Hakerson Douglas, tan distinguido. La clase alta de Highstone prefería con mucho al doctor Douglas, más clásico en su vestimenta, en su relación con los pacientes, en sus gustos y aficiones. Admiraban mucho a Hakerson Douglas por su léxico refinado, por su palabra tranquila, bien modulada, plena de distinción y autoridad. Además era rico.
Jordan Morris no. ¿Quién era el doctor Morris en realidad, sino un advenedizo, un desconocido?
Apenas llevaba dos años en Highstone. Los Douglas habían estado siempre en la ciudad, desde sus orígenes. Por lo regular, todos los Hakerson Douglas de Highstone se había dedicado a la Medicina. Por lo menos los varones primogénitos. El actual Hakerson Douglas era el VIII de su estirpe.
¿Cómo podrían, entonces, comparar los ciudadanos de Highstone al doctor Douglas con aquel doctor Morris larguirucho, inexpresivo y descuidado en el vestir, que apenas hablaba con nadie y cuando lo hada era por motivos estrictamente profesionales?
Jordan Morris se despojó despacio de su chaquetón y se acercó a la barra. Inmediatamente vino Bebé, el hijo mayor de Berenson, un muchacho pecoso y espigado que usaba gafas de miope.
—Hola, doc. Hace frío, ¿eh? Le traeré en seguida su blancamarillo —dijo alegremente. Y se alejó.
La puerta volvió a abrirse y entró una bocanada de aire helado. Alguien gritó una protesta y el doctor Morris se volvió hacia la puerta y vio a Booman, el ciego, que golpeaba el pavimento con su blanco bastón y se orientaba con cautela a través de las mesas.
Cuando Bebé volvió con un gran vaso humeante lleno de un líquido amarillento, Morris dijo:
—Pon otro para Booman.
El ciego se había sentado en una banqueta junto al fuego de la chimenea. Con el chaquetón en el antebrazo izquierdo y los dos vasos humeantes en la mano derecha, Jordan Morris fue a reunirse con Booman.
Mucho antes de que el médico llegase cerca del hogar situado en el

ángulo de las dos fachadas, Booman alzó un poco su aguda mandíbula y sonrió levemente.
—Ah, doctor Morris. ¿Quiere sentarse aquí? Veo que está helado de frío— pronuncio con voz cálida y perfectamente modulada. Una voz de tenor, como diría el doctor Morris.
Se sentó pausadamente y puso en la sólida mesita redonda los dos vasos que abrasaban sus manos.
—Hola, Booman. Es increíble: cada día me sorprendes con uno de tus comentarios —ajo Morris.
—¿Por qué, doctor?
—Reconozco tus virtudes de sabueso y tu notable sensibilidad, pero ¿cómo puedes establecer que estoy helado?
—Sus dientes, doc. Usted disimulaba el castañeteo, pero mi oído lo ha percibido perfectamente. Y también huelo uno de sus excitantes blancamarillos —respondió el ciego.
Morris lanzó una de sus insólitas —por lo escasas— carcajadas.
—Esta vez te has equivocado, Booman. No es un blancamarillo: son dos. Tómalo. Ten cuidado, esto quema.
Puso con cuidado uno de los vasos en fas manos de Booman y ambos sorbieron con deleite las ardientes bebidas.
Aquella especie de grog era una de las pocas cosas que los habitantes de Highstone habían aceptado de Morris sin desconfianza. Morris lo había inventado y Bebé Berenson lo había difundido profusamente entre su clientela. Por lo demás, aquella bebida caliente era muy fácil de preparar: leche hirviendo, coñac, miel y una pizca de canela en polvo. Sin embargo, la gracia estaba en darle el punto necesario. Y eso sólo sabían hacerlo el pecoso hijo de Terence Berenson y el doctor Jordan Morris.
—Estás muy callado, Booman —observó Morris, observando al ciego por encima de las volutas de vapor que surgían de su vaso.
No sabia mucho de Booman. Sólo que era delgado, atlético, buen andarín y... ciego. Booman había llegado un año atrás a Highstone. Se ganaba la vida vendiendo objetos de artesanía en madera, cuero y asta, que elaboraba diestramente con sus manos de dedos largos y sensitivos. También correteaba por el bosque y la montaña y recolectaba setas, que vendía a quien quería comprarlas.
Dave Berlin, el sheriff de Highstone, había encerrado a Booman en la cárcel unos meses atrás, allá por primavera. ¿La acusación? Delito contra la salud pública.
Jordan Morris fue a dialogar con el irascible sheriff de Highstone, cuando supo que el ciego había sido detenido.
La conversación fue muy corta. Morris dijo a Berlin:
—Ponga en libertad a ese hombre.
—¡Eh, eh, eh! Menos prisa, Morris —el sheriff jamás lo llamaba

doctor, ni se lo llamaría… mientras hubiera un doctor Hakerson Douglas en la ciudad—. Ese tipo ha atentado contra la salud pública.
—Es falso. Muchas personas han comido sus setas. Ninguna se ha envenenado.
—Pero usted no puede asegurar que eso no ocurrirá algún día. ¡Un ciego cosechando setas! ¿Cómo puede reconocer las que no son venenosas? —se burló Berlin.
—El sabe cómo. Póngalo en libertad o llamaré por teléfono al senador Alien —exigió el doctor Morris—. Es posible que el gobernador lo destituya, sheriff.
Dave Berlin liberó inmediatamente al ciego recolector de setas. Pero a partir de allí profesó una profunda antipatía a Jordan Morris, que algún tiempo después se convirtió en odio cuando… Pero aquella era otra historia.
A la luz caprichosa de las llamas, el doctor Morris contemplaba con interés las aguzadas facciones de Booman.
Booman ¿qué? ¿Era un nombre o un apellido? Nadie lo sabía en Highstone. Todos le llamaban así: Booman. Y Morris, demasiado respetuoso para con la intimidad de los demás, jamás le había hecho ninguna pregunta al respecto.
Booman continuaba tercamente callado.
—¿Estás enfermo, Booman?
Los muchachos que bebían Coca-Cola no hablaban ya de arriesgadas excursiones a Eagles Pike, pero se desgañitaban ¿cantando? una cancioncilla de exploradores aguerridos y proezas gloriosas.
—¿Estás enfermo, Booman? —repitió el doctor Morris.
—Oh, no, no. Solamente me siento perplejo. . —¿Porqué?
Dos camioneros habían iniciado una porfía. Discutían sobre salchichas y uno de ellos aseguraba que era capaz de despacharse un centenar de ellas… rociadas con salsa de tabasco. Unos billetes arrugados cayeron sobre el serrín húmedo.
Pero Jordan Morris no prestaba atención a la clásica discusión entre los fornidos camioneros. Puesto que el ciego prefería rumiar sus propios pensamientos, el segundo médico de Highstone roía los suyos entre sorbo y sorbo del ardiente blancamarillo. No tenía frío ya. Si el calor que irradiaban los leños de haya no eran suficientes para hacerle entrar en calor, allí estaba el ardiente brebaje de su invención para producirle una reacción vigorosa y tónica.
Pensó en su trabajo en Highstone, la próspera ciudad situada en la falda de la montaña. El doctor Hakerson Douglas y el sheriff Berlin se las habían arreglado para hacerle fracasar como médico.
—No es preciso culpar a nadie. Quizá la culpa sea mía. ¿Qué soy yo, sino un misántropo, un tipo desarraigado, amargado y asocial? —se dijo.

Los jóvenes exploradores cocacoleros se fueron, desentonando sin duelo un himno vibrante. El bar de Berenson quedó mucho más tranquilo.
—Si yo no fuera, además, doctor en Veterinaria, me hubiera visto forzado a huir de esta ciudad —cavilaba amargamente Jordan Morris.
En aquel momento, Booman alzó su puntiaguda mandíbula y dijo con voz clara:
—Creo que era un extraterrestre. Tenía tres dedos en cada mano.

CAPÍTULO II

Morris no quería dar crédito a lo que acababa de oír. Booman siempre había dado muestras de un equilibrio mental perfecto.
Antes de interpelar, repitió mentalmente las palabras que habían quedado flotando en el aire: «Creo que era un extraterrestre. Tenía tres dedos en cada mano.»
Miró al ciego con profundo estupor.
—Booman, ¿qué acabas de decir?
—Lo encontré en lo más tupido del bosque, cuando recogía setas. Oí un gemido y me sobresalté. Mis pies querían alejarse de allí, pero no soy persona capaz de abandonar a alguien que necesita ayuda. Me acerqué. Podía oír su jadeo agudísima... Era como el estertor de alguien que agoniza.
—¿Y...?
—Avancé a través de los matorrales, cuesta abajo. Lo sentí muy cerca y me incliné sobre él. «¿Quién es, está herido?», pregunté. Pero sólo me respondió aquel raro gemido. Luego le oí balbucear unas palabras en una lengua que no comprendí...
—Sigue, Booman —suplicó el doctor Morris, prendido de las palabras del ciego.
—Pues... me agaché y palpé. Toqué algo familiar al tacto: cuero. Y luego aquellas manos frías, yertas, nudosas, fuertes como garras. Una de ellas aferró mi brazo derecho y la cesta de las setas se desprendió de mi mano. No me hizo daño. Aquel hombre... o lo que fuera estaba... ¡atracándose de setas crudas!
—¿Estás seguro, Booman?
—Mis oídos jamás se equivocan. Puedo escuchar el leve rumor que produce una mosca frotándose la cabeza con su peluda pata. Y ahora...
Booman irguió de repente su cabeza como si fuera un periscopio.
—...Y ahora percibo la presencia próxima del sheriff Berlín —añadió, con un trémolo de temor.
Jordan Morris dirigió la mirada a través del empañado ventanal. Una luz azul destellante que provenía de la carretera de Medford brillaba

en la oscuridad exterior.
—¿Cómo es posible, Booman? —murmuró fascinado, contemplando al ciego con incredulidad—. En efecto, es el coche de Dave Berlín. ¿Cómo has podido adivinarlo?
Pero Booman no respondió. Se había encogido en sí mismo y parecía aterrorizado como un animalillo indefenso.
«Booman no ha olvidado que el sheriff le encerró por aquello de las setas. Y le teme. Pero no hay motivos para sentir tanto pánico», pensó el doctor Morris.
Afuera sonó el rumor de un frenazo. Unos segundos después, la puerta se abrió con ímpetu y Dave Berlín penetró en el bar de Terence Berenson.
Era un hombre de presencia física imponente. Medía más de un metro y noventa centímetros, pero sobre todo era ancho y sólido como una roca. Embutido en un chaquetón de cuero marrón oscuro, tenía toda la apariencia de un cíclope.
Traía el sombrero en la mano y se alisaba los crespos cabellos, que casi tapaban la frente, con un gesto que a Jordan Morris se le antojó belicoso. También las aletas de su chata nariz se distendieron como el podenco cuando ventea la pieza. Y en cuanto la vio se lanzó hacia ella decididamente. Buscaba a Booman.
—¡Eh, tú, muchacho! —dijo zarandeándole por un hombro—. Esto que tengo en la mano es una orden judicial contra ti. A partir de este momento quedas expulsado de la ciudad de Highstone. Si vuelvo a verte, te encerraré. Y esta vez ni el doctor Morris podrá sacarte de allí en un par de meses.
Booman tembló. No dijo nada.
—¿Puedo ver esa orden? —preguntó el doctor Morris sin alzar la voz.
El sheriff le dirigió una mirada de reojo. Vaciló, pero finalmente le entregó el mandamiento.
—Muy bien. Booman no puede leer. Infórmele usted —gruñó y se alejó hacia la barra, lanzando, de paso, miradas inquisitivas y desafiantes a las personas que permanecían en el local.
—¿Qué es eso, doctor Morris? —preguntó el ciego con un hilo de voz.
—Un mandamiento judicial, en efecto. Se te conmina a abandonar Highstone. Los cargos son mendicidad, vagancia y... pobreza.
—Soy pobre, desde luego, pero no un vago, un mendigo o un delincuente —protestó Booman, sin convicción.
—Yo arreglaré esto. Telefonearé al juez de Longley Clouds esta misma noche. Si es preciso depositar una fianza, buscaré el dinero donde sea. Pero tú no te marcharás de aquí, si no lo deseas —pronunció el inexpresivo doctor Morris con voz vibrante—. Sin embargo, por el momento será mejor que vengas conmigo. Dave Berlin es demasiado bruto y podría propasarse contigo. Vamos, Booman. Hoy vendrás a

dormir a mi casa.
Guardó cuidadosamente el documento en su bolsillo, recogió el chaquetón y los dos vasos, pagó a Bebé y se dirigió a la puerta. Ya se disponían a salir, cuando Morris se volvió al escuchar el vozarrón de Dave Berlin.
—¡Eh, señor Morris!
—¿Qué quiere?
—¿Ha decidido convertirse en protector de vagos y maleantes? Tenga cuidado: eso va contra la ley —gritó el sheriff con evidente mala idea, pues todos los clientes de Berenson estaban oyéndolo.
—Es cosa mía —respondió el médico, con frialdad—. Ocúpese de otras cosas. Por ejemplo: de atrapar a los que destrozaron la serrería de Scott Finch, prendieron fuego a mil toneladas de madera y provocaron la muerte del vigilante McGrat. Esa sí es una buena misión para un jefe de policía.
Berlin enrojeció. Por un momento, Morris sospechó que iba a responderle violentamente, pero el sheriff debió pensarlo mejor y se tragó la respuesta.
Booman y el médico descendieron los peldaños. A lo lejos se veía la cumbre distante de Redcould Mount, una cima de 2.700 metros de altitud, cuya cúspide habían cubierto de blanco las primeras nieves.
Corría un vientecillo muy fresco y desagradable. Booman temblaba.
—Vamos, sube al coche —fe dijo Morris con cierta brusquedad. Y le abrió la portezuela.
Morris se puso tras el volante, dio al arranque y el jeep se alejó de la esquina y rodó a velocidad moderada hacia el centro de la ciudad.
No hablaron durante el corto trayecto. Booman permanecía inmerso en sus pensamientos y Morris reflexionaba sobre los motivos que podría tener Drake Berlín para perseguir de forma tan tenaz al pobre ciego.
Evidentemente, el sheriff había mentido al enviar su informe sobre Booman al juez del distrito.
—Baja, Booman. Estamos en casa.
—¿De verdad piensa darme cobijo? Se lo agradezco mucho, doctor, pero reflexione: ayudándome sólo conseguirá la enemistad del sheriff.
—Creo que no me profesa mucha simpatía, amigo: Pero no te preocupes por eso. Dame la mano. Te guiaré.
La casa era vieja, pero perfectamente conservada. El alquiler era abusivo, pero Morris no había encontrado otra vivienda en Highstone.
Pidió a Booman que se sentara, puso en su mano helada una copa de brandy y se inclinó para prender fuego a los leños cuidadosamente dispuestos bajo la chimenea. La llama del mechero prendió fácilmente en las virutas y en pocos minutos estuvieron ante una alegre y confortable hoguera.

—Voy a hacer una llamada telefónica, Booman.
Volvió seis minutos después, renegando entre dientes.
—Todo arreglado, Booman. Te quedarás en Highstone, en esta misma casa. He hablado con el juez y le he convencido de que eres un hombre honrado, útil a la comunidad. A cualquiera que te pregunte, dile que estás al servicio del doctor Morris —le informó el médico, mientras frotaba sus delgadas manos al fuego.
—No me engañe, doc. He oído todo lo que decía desde aquí —susurró Booman.
Morris lanzó una exclamación.
—¿De veras? Hablé con Trevor en Voz bajísima. Cada día me sorprendes más profundamente, Booman... Pero tienes razón: no ha sido tan fácil como esperaba. Landfield me leyó el informe de Dave Berlin y también el del alcalde Jerrison. Ambos te describían como un parásito y un pedigueño, pero sucede que Trevor Landfield y yo nos conocemos desde la Universidad y... ha decidido fiarse de mí. El mandamiento queda sin efecto desde esta hora. Mañana mismo, el juez enviará una comunicación por escrito a Grant Jerrison. Asunto concluido.
Booman tomó un sorbo de su copa.
—No sé cómo agradecérselo, doc. Usted siempre ha sido amable conmigo. En cambio, el sheriff Berlin...
—No tienes que agradecerme nada, Booman. Te pagaré algún dinero, aunque no te hagas demasiadas ilusiones. Sin embargo, no tendrás que hacer gran cosa: sólo llevar algún recado y encargarte de recoger los avisos. Desde luego, dispondrás de suficiente tiempo libre para seguir paseando por los bosques, si ése es tu deseo.
Booman estaba silencioso. Sus mejillas, todavía juveniles, estaban pálidas y demacradas. En aquel rostro chupado y ascético, las grandes gafas oscuras parecían llenarlo todo.
—En cuanto a lo de tu encuentro con aquel individuo en el bosque... —sugirió el doctor Morris.
—Usted no me cree, ¿verdad? —respondió el ciego, con tristeza.
—¿Quién ha dicho tal cosa? —Morris le golpeó amistosamente la delgada espalda—. Aunque te confieso que me quedé de una pieza cuando me dijiste que...
Booman permanecía tercamente silencioso.
—Vamos, atóntamelo todo, por favor. ¡Me tienes sobre ascuas! —exclamó el médico, al cabo de unos minutos.
Booman se inclinó ávidamente hacia adelante.
—¿De veras quiere oír mi relato? Me consta que no creerá una palabra.
—Adelante. Déjame juzgar a mí — fe invitó su anfitrión.
Booman dejó cuidadosamente su copa en la mesita situada ante la

chimenea y se frotó las manos con lentitud.
—Aquella criatura debía estar herida y... hambrienta. Palpé mi cesto de setas y lo hallé completamente vacío. Tampoco guedaba ninguna en el suelo. Entonces toqué aquel brazo cubierto por una fina malla, muy fría al tacto. Era musculoso, fornido... Fui a tocar sus facciones con mis dedos, pero aferró mi mano sin rigor y no me lo permitió. Sin embargo, pude tomar su mano y palpé tres enormes dedos. Sólo tres, pero largos, escamosos y terminados en fuertes uñas. Entonces comprendí que sólo podía tratarse de un extraterrestre.
—Sigue.
—No hay mucho más que contar. Oí su jadeo profundo. Estaba incorporándose. Fuera como fuere, había recuperado sus fuerzas y se alejaba. Lo llamé, pero no obtuve respuesta. En aquel momento tuve la extraña sensación de ser observado desde distintos puntos. Al cabo, aquella sensación cedió. Noté que la temperatura ambiente ascendía súbitamente, hasta el extremo de que sentí un calor insoportable y comencé a sudar copiosamente. Algo que traspasaba mis oídos zumbó a cierta distancia. El zumbido se alejó fulminantemente y el bosque quedó silencioso. Sentí que el frío traspasaba de nuevo mis huesos y emprendí inmediatamente el regreso.
—Ya —murmuró Morris, sin saber qué decir.
—¿Sabe por qué sé que era un extraterrestre? Porque era un individuo gigantesco, muy distinto de nosotros, y también porque yo he estado llamándoles durante largos meses.
—¿A los extraterrestres?
—Sí.
Sucedió un largo silencio. Los leños crepitaban quedamente en el hogar y de cuando en cuando brotaba de ellos un rosario de chispitas que se extinguían rápidamente.
—Yo me sentía entonces muy solitario y desgraciado. No tenía amigos y nadie me tendía la mano. Por otra parte, sucedió lo de Dave Berlín...
—¿Aquella ocasión en que te encarceló por vender setas? Olvídalo, aquello ya pasó. Y ya no tendrás que buscar setas.
—Pero ¿qué voy a decirles, ahora que han acudido? Yo enviaba cada noche mi mensaje a las estrellas y ellos lo han escuchado por fin. ¿Qué puedo hacer ahora?
Morris contemplaba, boquiabierto, a su camarada invidente.
—¿Dices que... les enviabas cada noche tu mensaje? ¿Qué clase de mensaje?
—Un mensaje telepático. Usted no lo creerá, pero yo he interceptado a menudo mensajes telepáticos que enviaban otros seres, no sé si terrestres o alienígenas. También poseo otras capacidades.
—¿Por ejemplo? —expresó el médico, de sorpresa en sorpresa.
—A veces, adivino lo que otras personas escriben. Para ello debo

concentrarme tan intensamente que suelo sufrir jaquecas posteriormente.
Como Morris no hiciera ningún comentario, Booman dijo:
—Si quiere, podemos hacer un experimento. Vaya a la habitación más alejada de esta casa y escriba la primera frase que se le ocurra. Vuelva después. No es necesario que traiga lo que haya escrito.
—¿Estás seguro, Booman? —exclamó el médico, indeciso.
—Haga la prueba. Tal vez resulte —insistió el ciego.
—Está bien. No me molestaré si se trata de una broma. Voy a mi dormitorio. Está situado en el piso de arriba. Volveré en seguida.
—Vaya, doc. Le esperaré.
Intrigado a su pesar, Jordan Morris abandonó la estancia y ascendió la escalera. Dio la luz de su pequeño despacho, tomó un bolígrafo y escribió en su bloc de recetas: «¿Es posible que Booman sufra alguna clase de desequilibrio mental?»
Iba a seguir escribiendo otras apreciaciones personales sobre Booman, pero una fuerza superior y misteriosa le impidió seguir rasgueando sobre el papel.
Arrancó la hoja con un ademán irritado, la hizo una bola y se la guardó en el bolsillo del pantalón.
Descendió la escalera pensativo, inspiró profundamente y fue a reunirse con Booman, que permanecía junto al fuego en actitud de profunda concentración.
Cuando el médico ocupó de nuevo su asiento, el ciego separó sus manos del rostro y dijo pausadamente:
—Mi cerebro funciona perfectamente, doctor. No tiene por qué temer acerca de mi salud mental.
Jordan Morris se alzó de un respingo de su silla y miró a Booman con profundo asombro.
—¿Cómo lo has conseguido, cómo pudiste...?
—No se trata de ningún truco, si está pensando tal cosa —dijo Booman. Y efectivamente: Morris estaba pensando en algún truco—. Comencé a experimentar estas sensaciones y vibraciones a los pocos meses de quedarme ciego.

CAPÍTULO III

Durante la noche había caído una ligera nevada que apenas había cuajado sobre las altas coníferas.
El cielo estaba despejado, pero Jordan Morris descubrió unas nubes lejanas y plomizas hacia el noroeste.
—¿Estás bien abrigado, Booman? —preguntó al ciego, que ocupaba el asiento de la derecha en el jeep.

—Perfectamente, doc. Mil gracias por su chaquetón. ¡Esto es sentirse confortablemente! —respondió el joven invidente.
Jordan le puso un cigarrillo en los labios y se lo encendió. También él aspiró con fruición el humo del aromático tabaco, mientras conducía despacio el vehículo a lo largo del empinado camino forestal.
Frenó con suavidad en el repecho donde se aclaraba el paisaje.
—Estamos en la senda Granjero Booman. ¿Vamos bien por aquí para llegar a Cruze Gorge? —consultó el médico a su acompañante.
—Sí. Continúe unos trescientos metros adelante y desvíese por el primer camino que hallara a su izquierda. Al fondo, verá brillar el lago Legrad y la cinta del río Kruggles —explicó el ciego.
Eran las once de la mañana. El viento era más frío en las alturas, pero dentro del jeep funcionaba la calefacción a tope y el sol penetraba a raudales en lo más umbrío del espeso bosque de coníferas.
Siguiendo las instrucciones de Booman, Jordan puso el coche en movimiento y se desvió en, la primera senda a la izquierda.
El camino descendía ondulante hacia el valle Legrad, ascendía hacia las colinas y volvía a bajar a través de las tupidas frondas.
—¡Es aquí, doctor! —exclamó Booman de improviso, al tiempo que aferraba el brazo de Jordan con vigor insospechado.
Sonó el chirrido de los discos y Jordan se apeó. Hizo intención de tomar a Booman por el brazo, pero el ciego dijo:
—Conozco el bosque como la palma de mi mano, doc. Venga conmigo, le guiaré hasta el lugar del encuentro.
Descendieron a través de los gruesos troncos de los abetos. La floresta era tan espesa que la luz del sol apenas llegaba al suela De repente, Booman se detuvo en una loma.
—¡Aquí, aquí lo encontré tendido! —exclamó, conmovido.
Jordan examinó con atención el lugar que señalaba Booman, que se había guiado por los troncos de los árboles que encontraba en su camino.
Los pastos de otoño verdeaban entre las matas secas del verano pasado. La hierba era muy alta en aquel paraje: más de medio metro. Pero aparecía aplastada justo en el lugar que señalaba el ciego. El tramo hollado era de dos metros y medios de longitud por un metro de anchura.
Sobre las hierbas aplastadas, Morris descubrió una seta, arrancada de su tallo y prácticamente destrozada. Buscó manchas de sangre, pero no las halló. Por el contrario, las hierbas estaban manchadas de un líquido verde, espeso y viscoso, en el que Jordan impregnó las yemas de sus dedos. Lo olió con recela pero aquel fluido grasoso carecía de olor.
Miró al ciego fijamente. Las sensitivas manos de Booman palpaban las rugosidades del tronco al que se aferraba y sus músculos faciales se

movían con leves vibraciones.
—Dijiste que aquella criatura parecía herida, ¿no es cierto, Booman?
El invidente asintió con viveza.
—¿Y qué te hizo presentir tal cosa? ¿Acaso palpaste su sangre o su herida? —fe interrogó Morris.
—No palpé su sangre ni tacté su herida, pero sí le toqué y sentí los espasmos dolorosos que brotaban de su piel y llegaban a mi a través de mis propios dedos. Además oí claramente su lamento, como un quejido largo y prolongado. Aquel viajero de las estrellas padecía vivisimamente, no puedo equivocarme en eso. ¡Aún recuerdo la presión de sus tres largos dedos aferrados a mi brazo! Latía y sufría, yo lo sé.
Morris le observó, admirado. También Booman hablaba al compás de sus recuerdos.
«¡Viajero de las estrellas!», pensó Jordan, con una pizca de ironía. Pero sacó una bolsita de plástico de su bolsillo y, utilizando la hoja de una navaja de campo, tomó una muestra de aquel fluido verdoso y grasiento que impregnaba las hierbas.
Cuando se incorporó, Morris estaba seguro de que todo aquello formaba parte de una alucinación, de una quimera generada por la soledad en la que se debatía Booman.
«No hay tales alienígenas, aunque es posible que palpase el cuerpo de un hombre herido o extenuado, un mutilado, que sólo conservaba tres dedos de su mano», caviló el joven medico.
Booman, apoyaba su frente en el tronco del abeto en actitud de profunda y total concentración.
—Hemos terminado, Booman —fe dijo en voz alta—. Ya nada podemos hacer aquí y yo tengo que estar a mediodía en la granja Cooper. Vámonos.
Pero el ciego no le oyó.
Y entonces ocurrieron varias cosas increíbles. En primer lugar, Morris experimentó de improviso aquella sensación descrita por Booman: sintió como si alguien le estuviera espiando oculto entre las frondas.
Se volvió de un brinco y taladró la espesura con sus ojos. No pudo hallar al emboscado mirón, aunque registró las frondas circundantes. Aquella molesta sensación persistía, sin embargo. Era como si una mirada insistente estuviera posada en su nuca.
Luego súbitamente, la temperatura ascendió sin previo aviso, de modo insoportable. En lo más sombrío del bosque, hacía tanto calor que Morris sintió la tentación de despojarse de su chaquetón de cuero.
Se pasó una mano por el cuello y el rostro y la retiró empapada de su propio sudor. Atosigado, aflojó los botones de su chaquetón, giró en una vuelta completa escudriñando la floresta y jadeó, acalorado.
Luego volvió a la carrera hacia donde permanecía Booman. El joven

seguía aferrado a la corteza del árbol, como si hubiera caído en trance.

«¿Un fenómeno paranormal, provocado por Booman, que pretende hacerme creer en los extraterrestres?», se preguntó Jordan Morris, preocupado.

Si era así, el asunto resultaba apasionante. ¿Quién hubiera podido sospechar que el desmedrado invidente poseyera poderes tan poco comunes?

Tomó a Booman por un brazo y lo zarandeó vivamente.

—¡Vamos, vamos, muchacho, ya está bien! No sigas esforzándote así... ¡Puedes sufrir un sincope! —le gritó.

Booman comenzaba a reaccionar lentamente de su trance —si verdaderamente se trataba de un trance—. Sus músculos faciales cesaron de vibrar y sus mejillas recuperaron una pizca de color.

En aquel instante se produjo el segundo fenómeno inexplicable. Un sonoro zoooom resonó en las alturas y la luz vivísima, blanca, iluminó aquel paraje sombrío del bosque.

Sorprendido, Jordan elevó su mirada a lo alto y, cegado, apretó los párpados y se cubrió el rostro con las manos. Cayó a tierra y rodó dando volteretas por la suave pendiente herbosa, hasta que el tronco de un abeto detuvo su caída.

Entonces abrió maquinalmente los ojos y no pudo ver nada. «¡He quedado ciego!», pensó, aterrado.

El zoooom se esfumó y llegó el rumor de las copas de los árboles agitadas por un viento furioso y descontrolado. Unas ramas secas azotaron su espalda y el zumbido del huracán dejó ensordecidos sus oídos.

Debió permanecer no menos de veinte minutos aplastado sobre la hierba, protegida la cabeza con ambas manos. Al cabo, se incorporó un poco, cauteloso.

La luz se filtraba a través de sus párpados. Los abrió con precaución y vio unas florecillas blancas sobre el césped, unos matojos secos, los troncos de los árboles... Había recuperado milagrosamente la visión que algún raro fenómeno le había arrebatado momentos antes.

—¡Doctor Morris, doctor Morris! ¿Está bien?

Era Booman que descendía por el ribazo, gritando a pleno pulmón.

Morris se puso en pie y fue a su encuentro.

—Estoy aquí. No me ocurre nada —exclamó.

El bosque tenía su aspecto acostumbrado. No corría un soplo de viento y la luz del sol era tamizada y discreta.

—¿Qué ha ocurrido, Booman? —preguntó, demudado—. ¿Eres tú quien ha provocado esos diabólicos fenómenos?

Se oyó la risa alegre del invidente.

—¿Yo? ¡Pobre de mí! No soy capaz de obrar prodigios —respondió

Booman.
Morris parpadeó.
—Entonces, ¿qué fue, qué sucedió? —indagó, sobrecogido—. La temperatura ascendió de improviso hasta hacerme sudar. Luego... se oyó un zumbido poderoso, como si alguna nave desplazara el aire con ímpetu. Brilló una luz cegadora y luego sopló un viento huracanado que me arrastró por el suelo. ¿Qué significa todo eso, Booman?
—Es la prueba de que ellos están muy cerca —respondió el invidente, enardecido—. Fui yo quien les pedí esa prueba, al comprender que usted dudaba. Sí, confiéselo: después de examinar este lugar, usted dudó de mi palabra.
—Lo confieso, sí. Compréndelo, ¡es algo tan insólito! Pero dime, Booman, esa actitud tuya de suprema concentración, ¿significa que estabas enviando un mensaje a... a ellos? —inquirió Morris, pasmado de asombro.
—Sí. Les pedí telepáticamente que demostraran su presencia próxima en estos lugares. Ellos siguen aquí, muy cerca. Tal vez, al verle a usted, sospecharan de sus intenciones. Pero no tiene que temer, doc: les he dicho que usted es un buen amigo. Tal vez decidan aparecer ante nosotros en cualquier momento.
—Ya-murmuró Jordan Morris, estupefacto.
—Ahora ya podemos irnos. Por el momento, no creo que los viajeros de las estrellas decidan hacer una nueva demostración de poder.
Morris dejó escapar un profundo suspiro.
—Estupendo, Booman. Marchémonos de aquí cuanto antes-b animó.
Tomó al ciego por un brazo y le arrastró hasta la senda forestal. En seguida subieron al jeep y se alejaron.
Booman pronunció de repente aquellas frases:
—De todas formas, tengo el presentimiento de que va a ocurrir una catástrofe.
—¿Qué clase de catástrofe? —se interesó el médico.
—No lo sé, maldita sea. Pero hay algo qué perturba mis sentidos. Algo en el aire impalpable. Tal vez más adelante pueda averiguarlo, pero de lo que estoy seguro es de que se trata de una grave amenaza —expresó, confuso.
«Lo que nos faltaba», pensó Jordan, alarmado.
De repente, un jinete brotó por la derecha de entre los árboles. Provenía de la izquierda, donde la falda de una colina descendía abruptamente hacia el camino forestal. Jordan reaccionó veloz y apretó el freno a fondo, pero la colisión entre el caballo y el jeep se produjo inevitablemente: el jinete salió despedido como una exhalación por encima del capot y el animal lanzó un penetrante relincho de dolor.
—¿Era ésta la catástrofe que barruntabas? —preguntó Morris, tenso.

—¿Catástrofe? —respondió el invidente—. Esto apenas tiene visos de accidente.

CAPÍTULO IV

El jinete agitaba las piernas, colgado a tres metros de altura de la rama de un abeto.
—¡Calma, calma! — le avisó Morris—. ¡Lo ayudaré a bajar de ahí!
Gateó por el tronco y aferró a aquel individuo por el fondillo de los pantalones. Un chillido estridente le dejó paralizado.
Fue entonces cuando comprobó que no se trataba de un hombre, sino de una mujer. Y bellísima, por cierto.
Al apoyarse en la rama, ésta se tronzó bajo el considerable peso: Jordan y la mujer cayeron al suelo en confuso revoltijo.
Fue el hombre el primero en reaccionar. Tomó a la joven por una mano y la ayudó a ponerse en pie. De un vistazo advirtió que aquella mujer de rubios cabellos y expresivos ojos verdes se encontraba ilesa... a excepción de su pantalón de montar, que se había desgarrado un poco por... por detrás.
—Lo... lo siento. Mi potro se desbocó al ver surgir su coche en el camino. Me... me resultó imposible sujetarla Tenga la seguridad que correré con los gastos de reparación de su coche, en el caso de que haya resultado dañado. Soy Charity Douglas.
Jordan estrechó, absorto, la fina mano enguantada.
—Lo de mi coche carece de importancia. Lo peor es lo sucedido a su potro, señorita Douglas. Venga, le echaremos una mirada. Soy doctor en Veterinaria.
El precioso potro alazán trataba de sostenerse en pie, sin conseguirlo definitivamente. Su pata delantera se había roto al chocar contra las duras planchas metálicas del jeep. El animal lanzaba al aire relinchos enloquecidos.
Morris le redujo hábilmente sujetándole por los ollares y palpó la articulación. Un desagradable crujido de esquirlas óseas fue la prueba de que la fractura sufrida por el animal era irreversible. Morris se lo explicó así a Charity Douglas.
—¿Qué podemos hacer? —murmuró ella, compungida.
—Si me autoriza, le inyectaré un sedante que reducirá considerablemente sus sufrimientos. Aunque sea duro para usted, no creo que exista más que una solución: sacrificar a este animal por un medio indoloro.
—En tal caso, hágalo-respondió ella, tajante.
—Pero...
—Prefiero ahorrarle sufrimientos al pobre animal. Por favor, ¡no

puedo soportar esos relinchos de dolor! Duérmalo, se lo suplico.
—Está bien.
Morris retrocedió hasta el jeep, tranquilizó a Booman, que se agitaba, inquieto, en su asiento y tomó su maletín profesional.
En pocos segundos había preparado una inyección letal, que introdujo en una vena del cuello del potro. El animal cerró los ojos, cesó de relinchar y se derrumbó lentamente sobre la tierra húmeda del camino forestal.
—Más tarde puede enviar una furgoneta a recoger el cadáver —dijo Morris, observando a la guapa joven disimuladamente—. Suba. Booman y yo la devolveremos a Highstone.
Todos a bordo del automóvil, Morris maniobró para evitar el cuerpo del caballo y aceleró de regreso a Highstone.
—Mucho me temo que tendremos problemas, señorita Douglas —dijo el médico—. Si no me equivoco, usted debe ser hija del doctor Hakerson Douglas.
—Su sobrina solamente —respondió ella—. ¿Problemas ha dicho? ¿Por qué razón?
—Porque, yo soy Jordan Morris y su tío no me profesa ninguna simpatía. Cuando sepa lo del potro, el doctor Douglas imaginará automáticamente que yo soy el único responsable.
Charity Douglas miró a Jordan con súbito interés.
—Así que usted es el «milagroso» doctor Morris. He oído hablar de usted. Tengo entendido que devolvió a la vida a una joven desahuciada por… mi tío —declaró la joven, sin disimular su admiración.
—¿Le ha contado ese episodio el doctor Hakerson Douglas?— inquirió Jordan, muy sorprendido.
—No, no fue mi tío. Me lo contó una amiga llamada Chrys Donovan. Pero Chrys no fue demasiado explícita. Me gustaría oír el relato de aquel suceso de sus propios labios, doctor Morris —le rogó la joven de los largos cabellos rubios.
Jordan se mostró reacio a hablar de aquel tema. Pero Charity insistía e insistía apasionadamente y el médico se sintió ganado por la vehemencia de la atractiva muchacha.
—Fue un caso singular, en el que me acompañó la suerte —narró con modestia—. El doctor Douglas había venido tratando a Mary Barner de una afección a los nervios, según supe después. Lo cierto es que la chica sufrió un síncope y el doctor Douglas no pudo hacerla reaccionar. Pocas horas después, Mary estaba muerta, al parecer. El doctor Hakerson Douglas extendió un certificado de defunción y sus familiares, aunque desolados, iniciaron los trámites previos al enterramiento…
De madrugada, alguien llamó a la puerta del doctor Morris.

—Era Glen, el hermano mayor de Mary. Me contó que, mientras velaban a su hermana muerta, él había oído un leve suspiro que salió de entre los labios de su hermana. Se llevaron un susto mayúsculo, pero Glen corrió a avisar al doctor Douglas. Su tío se presentó en el velatorio, auscultó el pulso de Mary y declaró que aquella muchacha estaba irreversiblemente muerta y se marcho. Los familiares de la joven no se rindieron a la evidencia y Glen vino a pedir mi ayuda.
—Siga, por favor —pronunció Charity Douglas con visísimo interés.
—Pues… en principio me mostré reacio a intervenir en un caso del doctor Douglas. Su tío me demostró una viva antipatía desde que llegué aquí y nunca aprobó mis métodos, que consideraba poco ortodoxos. Pero Glen me suplicaba con lagrimas en los ojos y no pude negarme. Yo mismo suponía que Mary estaba muerta y bien muerta, de modo que todo lo que podría hacer sería ratificar el aserto de Hakerson Douglas. Serían las tres de la madrugada cuando Glen y yo nos pusimos en camino hacia la granja de sus padres, distante unas cuatro millas de Highstone…
»Era una noche de perros. Había nevado recientemente y la nieve, endurecida por el viento glacial que soplaba del norte, borraba los caminos.
»Llegamos a la granja, finalmente. Los padres de la muerta y algunos parientes nos aguardaban junto a la chimenea, aterrados y expectantes. Fuimos a la sala donde descansaba Mary en su ataúd. La palpé. Estaba yerta como el hielo. Sin embargo, pedí un espejo y lo acerqué a sus labios. Una diminuta mancha de vaho apareció en el espejo. Fue entonces cuando comencé a sospechar que Mary no estaba muerta. Y así era, en efecto: permanecía en un estado letárgico, provocado por un ataque de catalepsia. El estado cataléptico viene a ser un remedo de la muerte, mediante el cual las constantes vitales descienden hasta el mínimo. Las pulsaciones son muy lentas y débiles, la respiración no se percibe y la temperatura corporal baja considerablemente, todo lo cual puede mover a error a un médico.
—¿Y qué ocurrió a continuación?
—Les dije la verdad a los familiares y les previne de que Mary podía morir realmente, pues su estado era muy grave. Inyecté a la paciente un cardio-estimulante de acción leve, pero no reaccionó en seguida. Durante veinticuatro horas permanecí a su lado, esforzándome en volverla a la vida. Fue de madrugada cuando lanzó un fuerte suspiro y abrió los ojos. Estaba de nuevo con nosotros, había vuelto a este mundo.
—Es… apasionante, doctor Morris —exclamó Charity Douglas—. Según tengo entendido, Mary Barner es actualmente una joven absolutamente normal.
—Sí. Dos días después la llevé al hospital del condado de Longley

Clouds, donde permaneció sometida a tratamiento hasta que curó por completo.
Callaron. Luego Charity dijo:
—Al parecer, mi tío obró con cierta ligereza en aquel caso...
Morris no hizo ningún comentario. Y calló discretamente otras muchas equivocaciones del viejo y arrogante Hakerson Douglas. Pero era consciente de que su éxito con Mary Barner había exacerbado el rencor que el doctor Douglas le profesaba.
Poco después, llegaban a Highstone. Antes de que Charity descendiera del jeep, el doctor Morris inquirió con timidez:
—¿Va a permanecer algunos días entre nosotros, señorita Douglas?
—Por mucho tiempo, supongo. Acabo de terminar mi licenciatura en Lengua Inglesa y a principios de año contraeré matrimonio —fue la respuesta.
Un rictus de amargura apareció en el semblante de Jordan Morris. Pero el gesto fue tan fugaz que Charity no pudo advertirlo.
—Así que se casa.
—Sí, con mi primo Hamilton Douglas, el primogénito de mi tío y heredero principal de su fortuna, según la tradición familiar. Estamos prometidos desde hace varios años, pero yo puse como condición terminar mi carrera antes de mi boda.
—Ya —murmuró Jordan, súbitamente sombrío—. Le deseo que sea muy feliz en su matrimonio, señorita Charity.
—Pero la boda aún tardará. Espero que volvamos a vernos, doctor Morris. ¡Y mil gracias por todas sus amabilidades! —exclamó ella alegremente.
Bajó del coche y retrocedió de espaldas hacia la residencia Douglas para... para evitar que alguien pudiera ver el desgarro en la parte posterior de su pantalón de montar.
Cuando desapareció, Jordan dijo al ciego:
—¿Qué te parece, Booman?
Las pálidas facciones del invidente se animaron.
—¡Es una chica encantadora! Su voz es cálida y amistosa... ¡Debe ser tan bella! —respondió.
—Lo es —aseveró Jordan—. La mujer más bella que he conocido. Y además, gentil y sencilla, entrañable. ¡Lástima que vaya a casarse con el petulante e intrascendente Hamilton Douglas!
—No se casará, doctor. No, al menos, con el hijo del doctor Douglas —declaró el invidente.
Jordan le miró con estupor. Y rió sin ganas.
—Mi amigo Booman, el invidente, se las da de agudo vidente. ¿Es que crees que puedes adivinar el porvenir? —bromeó.
—No —respondió Booman con gravedad—. Pero siento unas vibraciones especiales que puedo interpretar. Y se lo repitió: Charity

no se casará con Hamilton Douglas.
Morris dejó escapar un suspiro y maniobró con el coche para dar la vuelta.
—Seria lo mejor que podría ocurrirle a esa muchacha. Un hombre como Hamilton, que sólo vive para asistir a frívolas fiestas y solemnidades sociales, no haría feliz a Charity. Imagínate que Hamilton ha cumplido treinta años y todavía no ha conseguido terminar su carrera de Medicina...
Llegaron con cierto retrasó a la granja Cooper. Durante una hora, Jordan intervino en los partos de tres vacas de pura raza holandesa que habían costado una pequeña fortuna al dueño de la granja.
Una de las vacas, primeriza, tuvo grandes dificultades a la hora del parto: Morris le practicó una cesárea sin demostrar vacilación y poco después tenían dos pequeñas terneras sobre la paja húmeda.
Cooper estallaba de pura satisfacción.
—¡Justo lo que me hacía falta, doctor! ¡Esto es una señal indudable de buena suerte! —exclamó alegremente. Y demostró su alegría palmeando cordialmente la espalda del doctor—. Por supuesto, no les dejaré ir sin agasajarles adecuadamente. Se quedarán a almorzar, está decidido.
Tras el almuerzo, los hijos del granjero inundaron el jeep de regalos. De nada valieron las protestas del doctor Morris.
—Es mucho menos de lo que usted se merece, doctor. Ningún veterinario de estos contornos se hubiera manchado las manos practicando una cesárea a mi vaca. Usted no sólo ha salvado a la madre, sino que me ha dado dos preciosas terneras. Le estoy muy agradecido, doctor. Puede contar conmigo en cualquier ocasión, se lo prometo.
Por un momento, Morris se sintió emocionado. Era la primera vez que en la comarca de Highstone un hombre le mostraba su amistad y reconocimiento con palabras tan cordiales.
Subieron al jeep, abarrotado de manjares caseros, y volvieron a Highstone, a donde llegaron al atardecer.
Una sorpresa desagradable le aguardaba. Donde había estado la casa en la que vivía, sólo quedaba un montón de escombros. En la calle, los muebles y enseres del doctor Morris formaban un ordenado montón, mientras un camión basculante cargado de escombros se marchaba y una pala mecánica trabajaba entre las ruinas.
Jordan palideció. Y luego, reaccionando, bajó del jeep, subió de un salto al vehículo sobre orugas y aferró al operario por los hombros, zarandeándole rudamente.
—¿Por qué, por qué todo esto? —le increpó con violencia.
Asustado, el hombre consiguió desasirse de las manos del médico y le mostró un mandamiento municipal que autorizaba el derribo de

aquella casa que —según el documento— amenazaba ruina.

CAPÍTULO V

—¡Por Dios, que jamás he agredido a ninguna persona hasta esta tarde, Forman, pero le aseguro que si no me da rápidamente una explicación convincente, es posible que no sea capaz de contenerme! —gritó Jordan Morris.

Estaban en la trastienda del almacén de ferretería de Edward Forman, que había palidecido intensamente al ver aparecer al airado doctor Morris.

—Se lo ruego, doctor, cálmese. Yo le daré todas las explicaciones que necesite. Tome una taza de café, un poco de brandy. Y siéntese, por favor.

Pero Morris permaneció tercamente en pie.

—La explicación es muy sencilla: yo puse este negocio gracias al préstamo que me hizo el doctor Hakerson Douglas. Le debía diez mil dólares, que no sabía cómo pagarle, pues los negocios no marchan tan bien como yo esperaba. Hace un par de meses, el doctor Douglas me propuso que le cediese la casa que le alquilé a usted, con lo que mi deuda quedó cancelada. Naturalmente, mis obligaciones para con usted fueron transferidas al doctor Douglas —relató Forman.

—Ya veo —rezongo Morris, que adivinaba la jugada de Hakerson Douglas—. Pero su obligación, señor Forman, era informarme acerca de esa transacción. ¿Por qué no lo hizo?

Forman desvió la mirada. Apenas podía disimular su turbación.

—Pues… el doctor Douglas me forzó a prometerle que no diría nada. Y ya sabe, doctor Morris: en esta ciudad los Douglas cuentan mucho. Con que…

Jordan abandonó la ferretería con un humor de todos los diablos. Necesitaba una explicación y la obtendría de quien fuese.

Pero en el Ayuntamiento le dijeron que mister Jerrison, el alcalde, estaba de viaje. Tampoco pudo entrevistarse con Temple, el arquitecto municipal, que había dictaminado la ruina de la casa demolida.

Exasperado, Morris se dirigió a la residencia Douglas. Atravesó el suntuoso parque que antecedía a la soberbia construcción de ochenta habitaciones y pulsó el timbre.

Un mayordomo impecablemente uniformado salió a recibirle.

—Soy Jordan Morris. Necesito ver urgentemente al doctor Hakerson Douglas —manifestó Jordan, impaciente.

—Lo lamento, doctor, pero el señor no quiere recibirle. Esas son estrictamente sus instrucciones —declaró el inexpresivo mayordomo. Y le cerró la puerta en las narices.

La frustración y la ira le obligaron a murmurar reniegos cuando descendía hacia el centro de la ciudad. Se cruzó con el estirado y elegante reverendo Nathan Wing, rector de la iglesia metodista de Highstone. El reverendo Wing —que se dirigía a la residencia Douglas— simuló no verle, para evitarse saludarle.

En el bar de Terry Berenson, Bebé le saludó con un ademán cordial. Booman estaba sentado junto a la chimenea y sorbía un café.

Aquella noche, el doctor Morris no pidió uno de los grogs de su invención, sino un doble de coñac. Estaba bebiendo en compañía del ciego, cuando se acercó Terence Berenson, el dueño del bar.

—He enviado un camión a recoger sus muebles, doctor. Los hombres que he contratado los depositaran en mi almacén, hasta que encuentre otra cosa —dijo Berenson.

Morris, un poco bebido, alzó la cabeza y le miró.

—¿Por qué se molesta, Terry? En esta ciudad, todos están en contra mía —gruñó.

Berenson apoyó una mano en la atlética espalda del médico.

—Los demás están equivocados, doctor. Yo sé lo que hago. Y, por cierto, ¿por qué no se va a vivir a Grandish Mill? Su dueño es Elmer Carroll, de Medford. Yo que usted compraría aquel caserón. Seguro que Carroll se lo vende por unos pocos dólares. No ha logrado alquilarlo ni venderlo desde que lo heredó, en 1930. En cuanto a su alojamiento, usted y Booman pueden dormir en esta casa hasta que solucione el problema de su nueva vivienda. ¿Qué le parece? —le consultó Berenson.

Morris le miró a través de sus ojos, brillantes de emoción.

—Es usted un buen hombre, Terry. Pero ¿por qué hace todo esto? —preguntó.

—Podría decir que porque usted nos ha dado buen dinero a ganar con la fórmula de su grog especial —sonrió el dueño del bar—, pero la verdad es que mi familia y yo le tenemos profunda simpatía desde que atendió a mi esposa en aquel difícil parto distócico. No hacemos otra cosa que demostrarle nuestro agradecimiento.

—Está bien, Terry, acepto su generosa oferta. Y quizá llame por teléfono a ese tal Elmer Carroll —accedió.

—Hágalo. Usted no es supersticioso, como las gentes de Highstone. Si necesita algún dinero para comprar Grandish Mill, yo se lo prestaré sin condiciones. Y hablaré también a Harrison, el director del banco local, por si necesita un crédito bancario. Anima doctor, todo se arreglará —le apoyó Berenson.

—Ya veremos, Terry. De momento ¿me permite que lo invite a un coñac? —respondió Jordan, esforzándose en disimular su emoción.

—Acepto su invitación, pero prefiero uno de sus grogs —respondió Berenson. Y rió a grandes carcajadas.

Cuando se marchó, Jordan dio un leve toque en la rodilla del ciego, que había permanecido hasta entonces silencioso y apático.
—Booman, ¿qué es lo que ocurre con Grandish Mill? ¿Dónde está ese lugar? —fe consultó.
—Es un viejo molino, construido en piedra, a corta distancia del río Kruggles. Una sólida y amplia construcción de dos pisos. Dispone, también, de establos y zahurdas para criar animales. ¿No ha oído nunca la historia de Hugh Grandish, apodado El Incinerador?
—Ya sabes que yo no soy muy comunicativo y, por otra parte, los ciudadanos de Highstone no me demuestran gran simpatía. Llevo dos años aquí, pero apenas conozco las celebridades locales. ¿Quién era ese Incinerador?
Booman aceptó el cigarrillo que el médico le ponía en la mano. Esperó a que se lo encendiera y respondió:
—Hugh Grandish fue un famoso criminal de principios de siglo, que llegó a cometer un número indeterminado de asesinatos, aunque las autoridades de entonces sólo pudieron probarle treinta y cinco.
Morris ahogó una exclamación de asombro.
—¿Por qué lo llamaban el Incinerador? —quiso saber.
—Porque hacía desaparecer a sus víctimas en el horno de su tahona. Para disimular el hedor acre que desprendía la chimenea, encendía su horno con arbustos aromáticos recogidos en la montaña. Ya ve que era un hombre muy organizado.
—¿Tú has estado alguna vez en Grandish Mill, Booman? —indagó el doctor Morris, prendido en el relato del invidente.
—Todos los ciegos somos curiosos, doc, y solemos poner a prueba nuestras facultades recorriendo grutas peligrosas o casas deshabitadas. Sí, he estado allí varias veces. Y siempre percibí una vibración especial.
—¡No creerás en fantasmas! —protestó Jordan.
—En fantasmas, no, pero sí en los espíritus y en los mensajes que dejan flotando en el ambiente —declaró Booman.
—Está bien, pero continúa hablándome de Hugh Grandish. Debió ser un personaje siniestro...
—Los que lo conocieron, aseguraban que era un hombre encantador. Bien parecido, de mediana edad, muy cortés y delicado, particularmente con las damas. Era soltero y tenía fama de hombre galante y dado a las faldas. Quizá lo perdió su ambición.
—¿Qué quieres decir?
—Estaba suscrito a un periódico que publicaba varias páginas de anuncios económicos. Grandish seleccionaba los anuncios que le interesaban: hombres de cierta edad, acomodados, que quisieron participar en su negocio de panadería. Grandish tenía una correspondencia abundante, según testificó el jefe de la estafeta

postal. Varios caballeros vinieron a entrevistarse con Hugh Grandish, pro después no se los volvió a ver. Si algún ciudadano de Highstone le preguntaba al respecto, el panadero solía responder que no había llegado a un acuerdo de negocios con el visitante en cuestión, que finalmente había optado por marcharse.
—Pero no se marchaban.
—No. Cuando lo detuvieron, Grandish confesó que emborrachaba a sus víctimas antes de introducir sus cadáveres en el horno. Previamente, convencía a su «socio» de turno para que liquidara sus propiedades y las convirtiera en dinero metálico, que Grandish recibía como aportación. Ya le he dicho que era un individuo encantador y se apoderaba fácilmente de la confianza de sus víctimas. Los obsequiaba rendidamente, después de asegurarse de que no tenían parientes que pudieran reclamar, los emborrachaba y después... los asesinaba de un feroz golpe de rodillo en la nuca —narró Booman.
—Horrible —opinó el doctor Morris—. Pero ¿cómo lograron descubrir los crímenes de aquel ambicioso individuo?
—Casualmente. Una mañana abandonó el molino (que se encuentra a poco más de una milla de aquí), dispuesto a depositar un fajo de cartas en el correo. Cometió un tremendo error: dejó sin cerrar la puerta del caserón. Poco después llegó la chismosa señora Lorrie Stevens, que empujó la puerta y penetró en el obrador de Grandish. Era una mujer muy curiosa y... golosa. Creyendo que en el horno encendido se doraban los ricos panecillos que Grandish solía hacer, abrió la puerta del horno y... se desmayó al ver entre las llamas un cadáver a medio carbonizar. Con todo, Lorris Stevens volvió en sí poco después y huyó como alma que lleva el diablo, lanzando espantosos alaridos de pánico.
—Y detuvieron a Grandish.
—No inmediatamente. Las autoridades acudieron al molino, abrieron al Horno y... apenas descubrieron un rescoldo de brasas. No había allí ningún vestigio de cadáver, sino apenas un montón de cenizas. En consecuencia, las autoridades imaginaron que la impresionable señora Stevens había sufrido una simple alucinación, quizá provocada por las bebidas espirituosas a las que era muy aficionada.
—¿Te burlas, Booman? —preguntó el doctor Morris, amoscado, captando la sonrisa de su amigo.
El invidente lanzó una festiva carcajada.
—No. Pero me divierte el hecho de que la señora Lorrie Stevens fuera una buena aficionada al whisky de centeno —respondió Booman.
—De acuerdo. Sigue.
—No se tomó ninguna medida contra Grandish, pero la gente se sentía intrigada por sus constantes anuncios en el periódico y su abundantísima correspondencia. Y particularmente el señor Patrick

Owen, jefe de la estafeta postal. Espió disimuladamente al Incinerador, conoció a sus visitantes, comprobó que todos eran personas maduras, con ciertos recursos económicos y ansiosos por asegurarse una vejez acomodada. Resumiendo: un día visitó el molino de Grandish cuando éste acababa de salir hacia correos y halló un cadáver entero, quemándose en el horno. Con decidido coraje, míster Owen tiró de los pies de la víctima y sacó el cadáver del horno. Grandish fue detenido poco después. Intentó desconocer la existencia de aquel cuerpo en su horno, pero las autoridades registraron el caserón y hallaron dos baúles llenos a reventar de excelentes ropas, que pertenecían a sus víctimas. Como le decía, la avaricia le perdió. Terminó confesando que había matado a varías personas para apoderarse de su dinero y pertenencias, pero los crímenes que se le demostraron fueron treinta y cinco. Caso extraño: jamás aparecieron las joyas, dinero y valores de las víctimas, aunque el botín debía ascender a una cantidad considerable.

—¿Y cómo terminó Hugh Grandish? —quiso saber el doctor Morris.

—Ya sabe cómo son los ciudadanos de Highstone: sencillos y honrados en su mayoría, pero un poco brutos. Grandish había sido condenado a muerte en la horca, pero no le dejaron llegar al patíbulo: le mataron a pedradas en el camino. Luego quemaron su cadáver en una gran pira. Según he oído decir, todos intentaron olvidar aquel hecho, que suponía una vergüenza para Highstone, pero no debieron conseguirlo, pues Grandish Mill jamás volvió a ser habitado.

Booman calló. Morris contemplaba las llamas de la hoguera en actitud reflexiva.

Al cabo de un rato, el médico volvió a golpear amistosamente la rodilla del ciego. .

—Vamos, Booman. Encargaré a Bebé que nos prepare un par de gruesos filetes de buey y después nos iremos a acostar. Mañana tenemos que madrugar.

Booman se incorporó despacio.

—¿Cuál será nuestro destino, doctor? — inquirió.

—El molino del Incinerador, por supuesto —respondió Morris.

CAPÍTULO VI

—Siete mil dólares, doctor Morris. Ni un centavo menos —pronunció el canoso Elmer Carroll.

—¿Tanto? Me había hecho a la idea de una cantidad muy inferior —observó el médico—. De todas formas, ya sabe que nadie que conozca la historia de Grandish alquilará aquel viejo molino junto al río Kruggles. La gente de esta comarca sigue creyendo en supersticiones y

todo eso, ya sabe.
—Excepto usted, doctor Morris —dijo Carroll, observándole con astucia e ironía.
—Es demasiado dinero. Y el caserón resulta inhabitable, en las actuales condiciones. Tendría que gastarme cinco o seis mil dólares en adecentarlo. Y todo eso resultaría demasiado caro para mi.
—No lo crea. La propiedad incluye alrededor del molino cinco hectáreas de excelente tierra de huertas —indicó Elmer Carroll.
—Si cavásemos un poco, tal vez hallaríamos los esqueletos de algunas víctimas del Incinerador —sonrió el doctor Morris.
Carroll también sonrió de buena gana.
—Quizá. Pero a usted todo eso no le impresiona demasiado… Está bien, doctor Morris: usted me cae simpático. Le haré una proposición razonable.
—Expóngala.
—Me pagará cuatro mil dólares en un primer pago y el resto dentro de un año. Sólo tendrá que firmarme un pagaré por tres mil, un documento privado, entre amigos. A cambio, le entregaré la escritura de propiedad y usted podrá llevar a cabo en seguida las gestiones legales. ¿Qué le parece?
—Acepto. Le entrego dos mil a cuenta. Volveré con otros dos mil dólares antes del fin de semana. Estoy gestionando un crédito bancario —respondió Morris.
—¡Bravo! —exclamó míster Carroll, tendiéndole su ancha mano—. Si necesita un aval, yo lo apoyaré. Y además, si va a hacer esas obras, le enviaré a un equipo de expertos y honrados albañiles.
—Le quedo muy agradecido. Es agradable conversar con usted, míster Carroll —expresó Jordan Morris.
Y así fue como el doctor Morris desafió a la superstición.
Los albañiles enviados por Elmer Carroll comenzaron la tarea de recorrer los tejados de pizarra, retirar viejos muebles mohosos y tirar tabiques. La empresa no era minúscula, pues había que picar muros, sanear aleros y dependencias, colocar algunos pavimentos y construir un transformador de energía eléctrica, de la que carecía el Molino de Grandish.
Para subvencionar todo ello, Jordan había aceptado dos mil dólares de Terry Berenson y un crédito de seis mil del banco local, con intereses excesivamente elevados, en opinión del médico.
Había pagado otros dos mil dólares a Elmer Carroll y unos doscientos de gastos de notaría y derechos de transferencia. Pero el Molino de Grandish y las tierras de alrededor eran ya de su propiedad.
Se sentía animado de un gran entusiasmo, pero le preocupaba afrontar los vencimientos bancarios y los restantes compromisos.
Entretanto, Jordan Morris atendía a sus escasos pacientes y

desarrollaba una incesante labor en las granjas y explotaciones ganaderas de la montañosa comarca de Highstone.
Los albañiles trabajaban de firme, según comprobaba Jordan cuando acudía al molino al final de la jornada. Pero también debía desprenderse de unos centenares de dólares en salarios cada fin de semana. En cuanto a los materiales, míster Carroll le había respaldado decisivamente: un almacenista de Medford se los servía puntualmente mediante la simple firma de Jordan en los albaranes. Pero era una nueva deuda a saldar.
A finales de noviembre cayó una gran nevada que cerró la carretera a Longley Clouds e impidió que los albañiles vinieran a trabajar. Hacia el mediodía, Jordan estaba supervisando las reformas en el molino, cuando vio venir un jinete por el nevado camino.
Cuando se acercó, comprobó con estupor que se trataba de Charity Douglas, a la que no había vuelto a ver desde el día en que ambos se conocieron. Ella montaba una jaca blanca, muy dócil, y se le quedó mirando con atención cuando Jordan bajó a recibirla.
La siguió con la mirada cuando ella desmontó de un salto y se acercó con la fusta en la mano.
—Imagino que mi presencia no es bien recibida en esta casa —dijo Charity, observando su reacción. Nubecillas de vapor brotaban de su enrojecida nariz.
—¿Por qué no? —se sorprendió Jordan.
—Bueno, sé que mi tío se ha portado muy injustamente con usted. He oído ciertos comentarios en Highstone... En realidad, he venido a disculparme con usted, doctor Morris —pronunció ella con cierta timidez.
Jordan iba a decir algo, pero calló.
—Traiga acá su yegua. Hay un buen establo detrás. Haré una fogata y tomaremos un poco de vino. Es todo lo que puedo ofrecerle —dijo Morris, luego.
El establo era amplio, seco y bien ventilado. Ataron la yegua a un vacío pesebre y contornearon la mole del caserón de piedra.
En una de las dependencias en obras, Jordan prendió fuego a unos listones y vertió vino en dos vasos. Puso uno en manos de Charity Douglas y sus dedos se rozaron. Ella se separó en seguida, arreboladas las mejillas.
—Podría prestarle algún dinero —dijo ella, de improviso—. Claro, en el caso de que necesitase...
—¿Es usted una mujer rica, señorita Douglas?
—Por favor, llámeme Charity —bebió un poco de vino para disimular su turbación.—. En cuanto a su pregunta, sí, poseo una pequeña fortuna. Soy huérfana desde los quince años y mis padres me dejaron el dinero suficiente para vivir sin estrecheces. Mi tío, Hakerson

Douglas, fue mi tutor hasta mi mayoría de edad. Acabo de cumplir veintitrés años y puedo disponer a mi voluntad de mi dinero, pero es mi tío quien sigue ocupándose de mis intereses. La verdad es que yo no soy una experta en economía.
—Ya —musitó Jordan, pensativo—. Le agradezco su gesto, Charity, pero la financiación de estas obras está resuelta. Por otra parte —abordó el problema sin ambages—, no estaría bien visto que una señorita de la buena sociedad y comprometida por más señas, entregase parte de su dinero a un desconocido como yo.
Charity enrojeció súbitamente.
—Si pretendía ofenderme, lo ha conseguido, doctor Morris. Sin embargo, no soy una mujer rencorosa y le diré algo: no estoy aún decidida a casarme con mi primo Hamilton. Por otra parte, puedo hacer con mi dinero lo que me plazca. Mi tío ha sido injusto con usted y yo puedo compensar sus acciones. Prestarle el dinero necesario sería una buena forma de restablecer el equilibrio —pronunció con voz clara y bien timbrada.
—Lo siento. Soy torpe y rudo. Es la falta de costumbre. Apenas hablo con mis semejantes. Le pido disculpas, Charity —se excusó Jordan.
Encendió un cigarrillo, muy nervioso.
—¿Me da uno?
Sin esperar la respuesta, Charity extendió la mano y tomó la cajetilla de Jordan. Se puso un cigarrillo en los labios y espero a que el hombre se lo encendiera. Ambos fumaron en silencio.
—Me interesa mucho su amigo Booman —dijo Charity, fijos sus bellos ojos verdes en las llamas de la fogata—. Alguien me ha dicho que es un verdadero artista tallando figuras y adornos en asta y madera.
—En efecto —Jordan se animó al oír tal comentario—. Mi amigo hace prodigios con su navaja y sus pequeños utensilios de tallar. Booman guarda muchos de los objetos que fabrica y puedo asegurarle que son verdaderamente bellos. Podría hacerse rico si...
—...¿Si pudiera venderlos en una tienda adecuada? Pues bien: hablaré con él y le propondré un pequeño negocio en sociedad. Una tienda, por ejemplo. Booman dispondría de un taller bien instalado y trabajaría en lo que más le gusta: la talla.
—Y ¿cómo lo haría usted, Charity?
—Hakerson Douglas compró con mi dinero la casa en la que usted vivía antes, Jordan. «Una magnifica inversión, pues podríamos construir un edificio de tres plantas, mi querida Chirty», dijo.
—¿Chirty?—preguntó Jordan, atento.
—Es el apelativo familiar. Pues bien: si el solar es mío, yo construiré el nuevo edificio y dedicaré a negocio de artesanía la planta baja. ¿Qué le parece, Jordan? — le desafió Charity con una mirada relampagueante de sus expresivos ojos verdes.

—Booman tendría asegurado un medio de ganarse la vida por sí mismo, lo que supone su más íntimo deseo. Le gusta ser útil, crear con sus manos bellas formas que sirvan para decorar los hogares de los demás… Sí, sería una hermosa obra, Chirty.

—¡Me ha llamado Chirty! —exclamó la joven, gozosamente sorprendida.

—Puesto que no le disgusta ese diminutivo familiar, sí —asintió el medico—. ¿Un poco más de vino?

—Sí, por favor —expresó Chirty con extraña vehemencia. Y cuando el doctor Morris le hubo llenado el vaso, añadió—: Brindemos, Jordan. Por el negocio que emprenderemos Booman y yo. Y por nosotros.

—Por nosotros —murmuró Jordan con intensa emoción.

Ella bebió el vino y dejó el vaso en la rústica mesa de los albañiles.

—¡Hasta pronto! —exclamó atropelladamente. Y desapareció.

Un momento después, Jordan la vio alejarse galopando por la senda nevada, agitando alegremente una mano en señal de saludo. La siguió con la vista hasta que su silueta desapareció en la campiña nevada y luego volvió junto al fuego. De repente, se sintió triste y solo.

—Tal vez Booman tenga razón, al fin y al cabo. ¡Ojalá Chirty decida cancelar su compromiso matrimonial con Hamilton Douglas! —murmuró.

Bebió otro vaso de vino y apagó la lumbre. Poco después se reunía con Booman en el bar de Berenson. Sentados a una mesa, gozaron en silencio del almuerzo que les sirvió el jovial Bebé Berenson. Cuando tomaban café y coñac, el doctor Morris insinuó a Booman que Charity Douglas podría estar interesada en un negocio de artesanía.

¡Fue como si un hada te hubiera tocado con su varita mágica! Booman realmente resplandeció. Sus mejillas se cubrieron de color y sus manos tomaron, ávidas, las del doctor Morris.

—¿Charity le habló de ese asunto, doc, fue ella? —exclamó, muy excitado.

—Llámala Chirty la próxima vez: es su apelativo familiar. Pero sí, es cierto, Booman. Ella quiere instalar un negocio de artesanía. Y está profundamente interesada en tu trabajo. Quédate aquí hasta el atardecer. Probablemente, vendrá a hablar contigo.

Jordan se marchó en su jeep a las cuatro de la tarde. Volvía a nevar y apetecía permanecer en lugar resguardado y al amor de la lumbre, pero el doctor Morris tenía que atender a Bill Hickley en el rancho Triple Jota, situado en las estribaciones de Eagles Pike. Bill, el hijo del dueño, se había roto una pierna esa mañana, cuando laceaba un novillo.

A las siete de la tarde, el doctor Morris volvió al bar de Berenson. Booman no se encontraba allí.

Preguntó a Bebé por el ciego y el muchacho pecoso respondió:

—Se marchó hace un rato. No, doctor: Booman no dejó ningún recado para usted.
Una intensa preocupación asaltó a Jordan. Nevados los campos y bosques, el ciego corría el peligro de extraviarse o sufrir un grave accidente. Por otra parte, algunos lobos, arrojados de las alturas por el frío intenso, habían rondado la noche anterior los corrales de las alquerías próximas a Highstone.
—Dile que no se mueva de aquí, si volviera en mi ausencia —encargó a Bebé. Y se marchó.
Durante media hora, le buscó por las calles de la ciudad. Luego una premonición le impulsó a conducir el jeep hacia el Molino de Grandish.
No se equivocó: las inconfundibles huellas de sus botas estaban marcadas en la nieve. Frenó ante el caserón, se apeó y le llamó a gritos:
—¡Booman! ¿Estás ahí?
Penetró en la casa en obras como un huracán, gritando sin cesar:
—¡Booman, Booman! ¿Dónde estás?
Temía por el ciego. Aunque el cauce que conducía el agua del río al molino estaba completamente cegado por la maleza, el pozo donde el chorro de agua hacía mover la rueda del molino tenía un acceso peligroso, que aún no había sido tapiado. Booman podía caer al vacío y matarse.
Se encontraron de improviso cuando el ciego abandonaba la pieza más grande de la casa, aquella que Jordan pensaba utilizar como despacho y biblioteca.
—¡Booman! ¡Me has dado un susto de muerte! ¿Por qué viniste aquí solo, sin avisarme previamente? —fe reprochó, irritado.
—Fue… algo superior a mis fuerzas, doctor —se excusó el invidente—. Estaba en el bar de Berenson, cuando percibí una vibración especial que captaba mi cerebro. Me puse en camino sin reflexionar. Lo siento.
—¿Dices que percibiste una vibración especial?
—Sí, una especie de aviso intermitente que me guiaba hacia aquí. Ahora ya sé lo que tenemos que hacer — respondió Booman, pálido pero sereno.
—¿Y qué es lo que debemos hacer, si puedo saberlo? —inquirió Jordan, muy impaciente.
—Por favor, busque una herramienta, levante estas losas del pavimento, y cave.
—¡Estás loco, Booman! ¿O acaso has bebido demasiado? —protestó el médico.
Pero el invidente insistió con vehemencia.
—¡Por favor, doctor, haga lo que le pido!
Tras un movimiento de indecisión. Jordan volvió a la estancia eh la

que los albañiles guardaban las herramientas y tomó un pico.
Booman le señaló el lugar exacto del pavimento.
—Aquí.
Hincó el pico y una losa se removió en seguida. Levantó otras y cavó con precaución. A medio metro de profundidad, una esfera verdosa apareció entre la tierra negra y húmeda. Jordan dejó la herramienta en el suelo y cavó, impaciente, con sus propias manos.

CAPÍTULO VII

—¡Booman, es una garrafa de cristal! —exclamó Jordan, atónito.
—Sáquela con cuidado —indicó el ciego, con toda la serenidad del mundo.
Así lo hizo el doctor Morris, apartando a puñados la tierra húmeda, hasta que pudo agarrar la garrafa verde por el cuello. Tiró de ella con cuidado, pero pesaba tanto que hubo de reunir todas sus fuerzas para conseguir sacarla del hoyo.
—¡Dios mío! Pero ¿qué es esto? —exclamó, impresionado—. ¡La garrafa está llena de joyas y monedas de oro y plata, Booman!
Alzó la mirada. Una sonrisa misteriosa distendía los delgados labios del ciego.
—Estuve esperando toda la tarde a la señorita Douglas, pero ella no vino. Entonces me sentí muy triste, pero consideré que no tenía motivos para abatirme, pues cuento con su amistad, doctor. Reflexioné y comprendí que usted necesitaba ayuda para progresar y levantar esta casa. Me concentré profundamente y pedí a ellos que me ayudasen. En seguida obtuve respuesta: ellos me guiaron hasta el tesoro. Es suyo, doc. A partir de ahora, ya no tendrá problemas económicos. Podrá hacer realidad su sueño de construir una clínica en la que recibir a todos aquellos que necesitan de su ayuda —declaró Booman con sencillez.
Jordan se sentía trastornado. Sus ojos iban, alucinados, de los labios de Booman a la garrafa de cristal y de ésta al rostro del ciego. ¿Estaba soñando o vivía realmente el momento más insólito de su vida?
El frío raciocinio le obligó a pensar. Y exclamó luego:
—Booman esto no es un regalo que nos viene del cielo.
Esto debe ser el botín que Hugh Grandish el Incinerador arrebató a sus víctimas.
—Es posible. De todas formas, ellos me guiaron hasta aquí. Sin su ayuda, jamás lo hubiéramos encontrado —respondió el invidente.
Jordan se vio forzado a reconocer que la clarividencia de Booman era más que misteriosa. ¿Era sensato creer en los alienígenas, a pesar de que él mismo había sido testigo de incomprensibles fenómenos

«sobrenaturales» en el bosque?
«Booman posee dotes enigmáticas. Quizá fue su hipersensibilidad lo que le guió hasta aquí», pensó. Y dijo en voz alta:
—Booman, debemos ser razonables. Dentro de esta garrafa lacrada hay una verdadera fortuna, según lo que atisbo a través del cristal. Para mí, no hay duda de que estas riquezas pertenecen a las víctimas del Incinerador...
—Es posible. Pero, por favor, recapacite: las personas que Grandish asesinó carecían de familiares. Ese tesoro, por tanto, pertenece a quien lo encuentre: usted. Por otra parte, usted compró está casa. Ahora... debería, rellenar ese hoyo y colocar adecuadamente las losas, de forma que los albañiles no sospechen nada.
El médico dejó escapar un profundo suspiro. Acababa de tomar una resolución.
—No voy a ocultar nada, Booman. Llevaré esta garrafa al jeep y depositaré el tesoro en manos de Dave Berlin, hasta que las autoridades decidan respecto al destino de estas joyas y monedas —anunció.
Booman retrocedió asustado.
—¡No, por favor, no haga tal cosa! —gimió.
—Pero, Booman, estás temblando de pánico. ¿Quieres explicarme...?
—Dave Berlin es un asesino —fue la increíble respuesta del ciego—. Si usted le entrega su hallazgo, el sheriff fe asesinará para quedarse con todo.
Booman se agitaba epilépticamente, despavorido. Sus manos temblaban, colgando de los brazos como si fueran de goma y sus dientes producían un escalofriante castañeteo.
Compadecido, Morris le tomó por los brazos y trató de calmarlo.
—Estás muy excitado, pobre amigo. Es tu imaginación, que te gasta pesadas bromas.
—¡No es mi imaginación, doctor! —chilló Booman—. ¿Quieres saber por qué Berlín me persigue constantemente?
—Sí, por favor —respondió Jordan, impresionado por la expresión de supremo terror del ciego—. Pero antes, ven. Aquí apenas se ve. Haré una fogata y beberemos un poco de vino para tranquilizarnos. Anda, ven. Estás temblando.
A la luz de las llamas, Jordan puso un vaso de vino en la mano de Booman, que derramó la mitad al llevárselo a los labios.
—Y ahora, cuénteme todo eso —pidió con voz serena.
—Fue el verano pasado. Yo regresaba de Cruze Gorge con un brazado de hierbas medicinales. Era el anochecer cuando me acercaba a la carretera de Medford. Oí un rumor de neumáticos y reconocí el coche de Dave Berlín. Oculto entre los árboles, aguardé. Luego oí un estridente rechinar de frenos, seguido de un alarido de agonía. El

sheriff debió descender de su coche y comenzó a barbotar blasfemias.
—¿Qué había ocurrido?
—Lo supe poco después. Berlin se había emborrachado en Medford, conducía a velocidad excesiva y atropelló en el cruce a la anciana Loretta Prentice. Los chillidos de la pobre vieja resonaban dramáticamente en el lindero del bosque. Al poco tiempo, se oyó un crujido y los lamentos de la señora Prentice cesaron bruscamente.
—¡Continúa!
—Yo estaba muerto de miedo, pues adivinaba que había ocurrido algo horrible, después del accidente. Podía seguir los movimientos de Dave Berlin... ¡Estaba arrastrando a la cuneta el cuerpo de la anciana Prentice! Al cabo de unos minutos, zumbó el motor y el coche se alejó unos metros. Mi compasión por aquella pobre vieja pudo más que mi prudencia: abandoné mi escondite y descendí atropelladamente el ribazo. Quería ayudar a la señora Prentice, si aún era posible. Y el sheriff me vio y frenó bruscamente su automóvil...
—¿Qué dijo?
—Trató de convencerme de que acababa de encontrar el cuerpo destrozado de aquella mujer, en la cuneta, ¿se da cuenta? «Algún borracho la atropello y se dio a la fuga, pero lo encontraremos», dijo. Y añadió: «Quédate aquí, Booman, mientras voy a Highstone a avisar a una ambulancia. Tú serás testigo de que he hallado sin vida a esta mujer, ¿conformes?» Y me arrojó a la cara una vaharada de aliento alcohólico. Luego se marchó.
—¡Dios santo! Luego él asesinó a la señora Prentice —murmuró Jordan, espeluznado.
—Estaba borracho y no pudo frenar a tiempo cuando ella cruzó la carretera. Pero reflexione, doc: era un accidente. El miserable, no quiso cargar con su responsabilidad y remató a su víctima cuando aquélla lanzaba al aire desgarradores gritos de dolor.
—¿Cómo puedes estar seguro de que él la remató?
—Porque los alaridos de la anciana cesaron súbitamente después de aquel crujido. Porque cuando el sheriff se alejó, busqué el cuerpo de la mujer entre las matas de la cuneta, la palpé y descubrí que su cuello estaba roto. Dave Berlín le rompió el cuello para impedir que la señora Prentice pudiera declarar la verdad, si sobrevivía. ¿Entiende ahora por qué ese hombre me persigue constantemente? Teme que un día u otro yo cuente la verdad.
El rostro de Jordan Morris se había cubierto de frías gotitas de sudor. Se enjugó con un pañuelo y reflexionó sobre lo que acababa de oír.
—¿Cómo terminó aquel caso, Booman?
—Puede imaginárselo: Berlín realizó un informe para el juez, según su versión de los hechos. Me presionó para que firmara como testigo, pero me negué. Dije que no había visto nada y no quería

comprometerme. Era verdad: yo no pude ver nada, pero sé lo que ocurrió. Naturalmente, nunca encontraron al asesino de Loretta Prentice —relató el ciego.

Callaron. Jordan llenó los vasos de vino.

—Ahora, ya sabe a qué atenerse, doc —añadió Booman, un poco más tranquilo—. Tampoco debe fiarse demasiado de Jarrison, el alcalde. No creo que sea un criminal, pero ha permitido, por comodidad, todos los desmanes del sheriff.

—Es horrible, ya lo veo. Pero yo no podría dormir tranquilo quedándome con esas joyas. Consultaré con un abogado —dijo Jordan.

—Hágalo, en secreto. Le dirá que tiene derecho legal a quedarse con el botín del Incinerador. Por otra parte, si ese tesoro es el resultado de horrendos crímenes, ¿que mejor destino podría dársele que hacer el bien mediante el valor que representa? —argumentó Booman con admirable lógica.

Bebieron el vino. La fogata se iba extinguiendo lentamente.

Jordan se incorporó con ímpetu.

—Booman, voy a enterrar esa garrafa fuera de esta casa, en lugar seguro. Después de escuchar tu confidencia, no me sentiría seguro con ese botín en el coche. Espera aquí.

Volvió treinta minutos más tarde, apagó los rescoldos y tomó a Booman por un brazo.

Cuando volvían en el coche a Highstone, el doctor Morris dijo:

—Sea cual sea el destino de ese tesoro, nunca olvidaré que todo lo has hecho por mí, camarada. No sé si ellos te orientaron hasta aquí o fue tu intuición, pero sé que te guió un sentimiento noble y generoso. Gracias, Booman, eres un gran muchacho.

El ciego no respondió, pero una ancha sonrisa de satisfacción animaba su pálido rostro.

—¿Por qué he de vigilar constantemente a ese pobre ciego? —protestó Nelson Ropp.

Drake Berlín se volvió, iracundo, y fulminó al joven policía con la mirada.

—Sigue haciendo lo que te he dicho. Tengo mis razones para sospechar que Booman es un delincuente bajo su máscara de gorrioncillo desamparado. A Nancy Quayle le hurtaron su monedero hace unos días, a Tony Parker le ha desaparecido un valioso radio-cassette de su tienda, a Tom Monford le han robado cuatrocientos dólares de su registradora. Constantemente vienen a mí con sus denuncias y reclamaciones. Y yo tengo que permanecer cruzado de brazos por la incompetencia de mis policías...

—Pero, sheriff, Booman es incapaz de...

—¡Cállate, sé lo que me digo! Tengo que echar mano a ese pájaro —

Berlin entornó sus ojillos malignos—. Vuelve a la calle, Ropp, y vigila a Booman. Un día u otro, le atraparé.
De mala gana, Nelson Ropp abandonó la oficina del sheriff.
A la mañana siguiente, Drake Berlin abordó a Terry Berenson.
—Quiero echar una ojeada a las cosas de Booman. Guíame hasta su habitación.
Desconcertado, Berenson obedeció. Subieron al piso superior del edificio, donde Berenson había cedido un par de habitaciones al doctor Morris y al ciego.
—Esta es la habitación de Booman, pero no entiendo...
Berlin tiró de las ropas de la cama, apartó la almohada y mostró una pequeña radio y un rollito de billetes de Banco.
—¡Lo que sospechaba! Tú eres testigo, Berenson —exclamó, ebrio de satisfacción.
—Pero ¿qué significa todo esto? —protestó el dueño de la casa.
Berlin estaba contando el dinero hallado en la cama de Booman.
—Significa que has dado cobijo a un ladrón. Cuatrocientos dólares —el sheriff abanicó con los billetes el rostro de Berenson—. Justo la cantidad que desapareció de la caja registradora de Monford. En cuanto a la radio, Tony Parker denunció hace días el robo. A Booman se le va a caer el pelo.
Al atardecer, Dave Berlin recibió una llamada por radio, procedente de uno de los auto-patrullas. Era Nelson Ropp el que hablaba desganadamente.
—Está aquí, sheriff, pescando apaciblemente a la orilla del río, en Hoover Lagoon.
—¿Booman? —jadeó Dave Berlin, ansioso.
—¿Quién, si no? Dígame qué debo hacer.
—Puedes volver a Highstone. Yo me encargaré del resto.
A las cinco de la tarde, Berlin conducía su coche a ciento veinte por hora en dirección a Medford. La pegajosa niebla se había levantado por la mañana, propiciando un soleado día de finales de noviembre, pero en cuanto el sol declinó hacia el oeste el firmamento se cubrió de nubes plomizas.
Mientras aferraba sus manazas al volante, Dave Berlin rumiaba su plan con el entrecejo fruncido y la recia mandíbula tensa. «Será fácil. Le estrangularé suavemente, para no dejar marcas profundas en su cuello y después... lo arrojaré al río cuando esté desvanecido. Informe: Booman se ahogó lamentablemente, antes de que el sheriff Berlin pudiera detenerlo bajo la acusación de robo. Punto.»
Un automóvil que venía a su encuentro hizo una señal convenida con los faros. Cuando los dos vehículos se cruzaron, el sheriff reconoció a Nelson Ropp, que volvía a Highstone, ignorando que su jefe se disponía a asesinar a Booman.

Berlín apretó aún más el acelerador. Por nada del mundo iba a permitir que se le escapase su presa. «O él o yo. Si Booman ha confesado al doctor Morris lo de la vieja Prentice, yo estaría perdido», caviló.

Le había costado mucho llegar a su posición actual. Largos años de servilismo para con el doctor Hakerson y los principales terratenientes de Highstone, pequeños servicios aquí y allá y una excelente predisposición de ánimo para apoyar a los más poderosos, entre los que se contaba el alcalde Grant Jerrison. Entre Jerrison y el doctor Douglas le habían aupado al puesto de sheriff. Pero si se descubría aquel lamentable asunto de la muerte de Loretta Prentice, todo se iría al diablo. Y muchas cosas más saldrían a relucir…

La carretera discurría muy cerca del río. Pronto llegaría a Hoover Lagoon, aquel ancho recodo del río, donde las aguas claras del Kraggles se aquietaban, perezosas.

El coche zumbaba pendiente arriba, hacia el cambio de rasante. ¿Qué fue lo que sucedió de improviso?

El vehículo de Berlin se encabritó, despegó súbitamente sus ruedas del asfalto, se elevó en el aire como un trompo, ascendió vertiginosamente a cien metros de altura, describió un gran arco en el aire, descendió girando a gran velocidad y se zambulló pesadamente en el centro de Hoover Lagoon.

Una tromba de agua se elevó a treinta metros de altura y arrojó surtidores líquidos en todas direcciones. Las chispitas de agua humedecieron el rostro de Booman, que recogió sus trebejos de pesca y se apartó de la orilla.

CAPÍTULO VIII

Como había prometido a Booman, el doctor Morris se detuvo a la altura de Hoover Lagoon a su vuelta de Medford. A mediodía, Jordan había dejado a su camarada en la cuneta, pues Booman deseaba hacer un regalo a los Berenson: un buen cesto de truchas.

Venía contento el doctor Morris. A mediodía, había depositado ante el juez Landfield la garrafa hallada en el Molino de Grandish. Booman tenía razón: según las leyes, el hallazgo correspondía al dueño actual del viejo molino, aunque el Tesoro se quedaría con un veinte por ciento. Un experto tasaría aquella joyas y monedas de oro y plata, pero Landfield opinaba que la cantidad que correspondería a Jordan Morris no bajaría del medio millón de dólares.

Bajó del coche, escaló ágilmente un desmonte de unos tres metros y miró hacia el río. Booman, exacto como un buen cronómetro, ascendía por la margen herbosa hacia la carretera.

Ya iba a llamarle, cuando vio el automóvil que flotaba lentamente, arrastrado por la corriente, hacia el ancho remanso arenoso situado en la otra orilla del río.
—¡Es el coche del sheriff! —murmuró, incrédulo.
Booman silbaba una cancioncilla por el camino, pero se detuvo de pronto y gritó:
—¡Espéreme, doc! ¡En seguida estoy con usted!
Jordan contemplaba, fascinado, lo que ocurría en la otra orilla. El vehículo auto-patrulla acababa de embarrancar en el banco arenoso.
Booman llego en ese momento, con su cesto repleto de suculentas truchas.
—¿Nos vamos, doctor? Empieza a hacer frío.
Subieron al jeep, que Jordan puso en marcha inmediatamente. El médico observaba a Booman con estupor.
—Booman, ¿no has notado nada anormal? El coche de Dave Berlin ha caído al río.
El ciego rió en la penumbra del coche.
—Creo que, ellos han gastado una broma pesada al sheriff —manifestó, irónico.
—¿Qué quieres decir?
—Bueno... Sentí su presencia próxima. La temperatura ascendió fulminantemente, cuando un momento antes era bajísima y yo estaba a punto de dar por finalizada la pesca. Al poco tiempo oí un fuerte zumbido en las alturas, como si un ventilador gigante girase sus aspas. Algo muy pesado cayó a la laguna y me salpicó. Supongo que era el coche del sheriff.
Jordan no hizo ningún comentario. Se sentía profundamente desconcertado y alarmado.
En cuanto llegaron a Highstone, Morris se dirigió a la oficina del sheriff, donde encontró a Nelson Ropp y otros tres policías. Les dio cuenta de lo que había visto y un coche radio-patrulla salió zumbando hacia Hoover Lagoon.
Cuando pocos minutos después el doctor Morris y el ciego llegaron al bar de Berenson, el dueño hizo una sena al médico para que penetrase en la cocina.
—Quiero prevenirle acerca de Dave Berlin, doctor —y Berenson contó al médico el resultado del registro del sheriff en la habitación del ciego.
—¿Booman, un ladrón? —estalló Jordan, furioso—. Es la más soberana estupidez que he oído en mi vida. Booman es la persona más honrada que he Conocido.
—Eso creo yo, pero Berlin encontró dinero y una radio en su casa-dijo Berenson.
El rostro de Morris se animó súbitamente.

—¡Berlin amañó esas pruebas contra Booman! —exclamó—. Dígame, Terry, ¿cuál es la persona que arregla nuestras habitaciones?
—Sally O'Grady, una joven de veinte años. Trabaja aquí como asistenta hasta mediodía. Es la única persona que penetró en sus habitaciones hasta la visita del sheriff. Vive muy cerca de aquí, en la calle Mudford.
—Iré a nacerle algunas preguntas —decidió Morris.

* * *

Sally O'Grady vivía con su madre, una mujer de cincuenta años que permanecía en una silla de ruedas.
—¿Sally? Tomó el autobús para Nation Grove, doctor Morris. Fue a visitar a mi hermana Elizabeth, tan tullida como yo. La idea salió de ella misma, aunque jamás simpatizó con su tía. Decidió el viaje de repente. Doctor Morris, ¿no podría reconocerme usted? Los remedios que me aconseja el doctor Douglas son inocuos. He oído decir que es usted un medico milagroso —invocó la señora O'Grady con voz lastimera.
—Volveré a verla mañana. ¿Cuál es el teléfono de su hermana en Nation Grove, señora O'Grady? —exigió Jordan con impaciencia.
Hizo una llamada telefónica desde el bar de Berenson. La señora Elizabeth O'Grady, de Nation Grove, aseguró que su sobrina no se había presentado en su casa;. Como Nation Grove estaba situado a poco más de sesenta kilómetros de Highstone. Morris calculó que la asistente de Berenson había tenido tiempo más que sobrado de llegar a aquella localidad.
—Sally ha huido —dijo el médico a Berenson—. Eso demuestra que es culpable. Berlín debió convencer a esa joven para que depositara las pruebas comprometedoras en la cama de Booman. Ojalá Sally esté todavía viva.
—¿Qué quiere decir, doctor? —se alarmó Berenson.
—Nada... por el momento. Esperemos.
Poco después, se acercaba a Booman que permanecía en el bar, al amor de la lumbre de la chimenea. No le dijo nada, no quería lastimarlo.
A las nueve de la noche, luces intermitentes brillaron en el exterior a través de los ventanales empañados del bar. Una grúa arrastraba el coche de Dave Berlin, abollado como un bote de hojalata. Una ambulancia cruzó ante el bar, dejando en el aire el eco de su urgente alarido.
Las noticias llegaron al bar de Berenson minutos después. Según contaron, Berlin y su automóvil habían caído al río inexplicablemente. El sheriff sufría una pulmonía y estaba siendo atendido con urgencia

por el doctor, Hakerson Douglas.
«Dios me perdoné —pensaba el doctor Morris—. Por un momento, he llegado a desear que Drake Berlin se quede entre las manos del doctor Douglas para siempre.»
Los comentarios de los parroquianos de Berenson eran encendidos. El conductor de la grúa relataba el caso a todo el que quisiera oírle:
—No hay quien lo entienda: de la carretera al río hay más de doscientos metros. Aunque un coche se despiste, jamás podría caer al río en aquel lugar, pues existe un desmonte de más de tres metros de altura, que protege la curva de la carretera. Por lo demás, la pendiente es muy suave y ningún vehículo volcado podría llegar, rodando, hasta el río. Yo diría que el sheriff condujo su coche, exprofeso, hasta Hoover Lagoon. Es... como si hubiera pretendido darse un baño.
Un coro de carcajadas acogió el comentario del mecánico. Pero en seguida los rostros de los burlones curiosos adoptaron una actitud severa: no era muy recomendable hacer burlas de un hombre como Dave Berlin.
A lo largo de la noche, fueron llegando nuevas noticias. Berlin se agravaba y el doctor Douglas había decidido trasladarse a Longlyes Clouds. La ambulancia que transportaba al sheriff cruzó ante el bar con un estrépito de sirenas y un fulgor de luces destellantes de color anaranjado.
Las conversaciones elevaban un runrún monocorde en el bar de Berenson, mientras en el exterior caía una copiosa nevada que borraba el trazado de las carreteras que confluían frente a la estación de servicio, convirtiéndolo todo en un manto blanco y misterioso.
Llegó un autobús de línea, vacío, con cadenas en los neumáticos. Su conductor entró resoplando y maldiciendo, mientras arrojaba vaharadas de aliento sobre sus manos amoratadas.
—¿Es cierto lo que me han contado en Medford? —preguntó a la concurrencia, después de beberse un vaso de bourbon sin pestañear.
Su comentario atrajo inmediatamente la atención de todos los presentes.
—¿Qué cuentan en Medford? —inquirió uno de ellos.
—¿Que el sheriff de Highstone tuvo un desagradable encuentro con un ovni — respondió el recién llegado.
Una oleada de comentarios excitados brotó de todas las gargantas. Los clientes de Berenson formaban una pina alrededor del conductor del autobús.
—¿Quién contó eso? — b interrogaron.
—Un camionero de Crankon, que provenía de esta ciudad. Dijo que Berlin le adelantó como una centella en las proximidades de Hoover Lagoon y que su coche fue arrancado súbitamente del asfalto, ascendió como un cohete y desapareció a gran altura, al otro lado del cambio

de rasante —relató el interpelado.
Los bebedores se miraron entre sí con estupor. Luego alguien dijo:
—Ese camionero debió beberse esta tarde! la mitad de la producción nacional de whisky de centeno. I
Una carcajada colectiva acogió la frase zumbona. Pero las risas callaron en seguida. Unos y otros reflexionaban sobre lo que había dicho el mecánico de la grúa: parecía imposible que el coche del sheríff fuera a parar, sin mas, a la distante Hoover Lagoon.
El hombre del autobús pidió una ronda para todos y las conversaciones se diversificaron. Un camionero que aguardaba a que le repasasen los frenos de su vehículo se apostaba cien dólares. Porfiaba tercamente: aseguraba que si Berlin salla de aquélla, probablemente confesaría que eran, en efecto, los alienígenas le habían gastado una broma pesada.
En el rincón de la chimenea, el doctor Morris contemplaba a Booman con estupor.
«¿Será posible que Booman cuente con la protección de esos enigmáticos alienígenas?», se planteaba Jordan, abstraído.
Bebé Berenson trajo una bandeja desde la barra y sirvió la cena a Booman y el doctor Morris en la mesita situada entre ambos. Luego el pecoso muchacho se inclinó y cuchicheó al oído del médico:
—Yo también creo en los extraterrestres, í doc. Y apuesto a que los alienígenas han dado su merecido a Dave Berlin. ¡Alguien tenia que dar una lección a ese energúmeno...!
Jordan no dijo nada. Pensaba, pensaba, pensaba... Fuera, la nevada arreciaba y el viento soplaba con fuerza.
Aquella noche, los lobos descendieron hasta la ciudad de Highstofte y mataron treinta terneras.,.

CAPÍTULO IX

Los albañiles habían reparado los tejados a tiempo. La nieve caída sobre las losas de pizarra resbalaban fácilmente y se despeñaba sordamente contra el suelo.
Las obras iban a buen ritmo. Los operarios habían revestido interiormente los muros y ahora colocaban pavimentos de madera y algunas ventanas y puertas nuevas. Los técnicos de la compañía eléctrica estaban instalando un transformador en la caseta construida a cierta distancia del molino. La línea eléctrica había sido tendida el día anterior, sobre pilares de hormigón pretensado.
Esa mañana, Jordan Morris había mantenido una conferencia telefónica con míster Trevor Landfield, juez del distrito, desde Longley Clouds.

—Tengo el placer de comunicarte que el departamento del Tesoro ha realizado la liquidación de tu hallazgo en Grandish Mill. Eres un hombre rico, mi querido Jordan. La próxima semana, el Fisco te abonará seiscientos cuarenta mil dólares, de los que podrás disponer en seguida. Siguiendo tus deseos, hemos mantenido este asunto en secreto. ¿Qué piensas hacer con tanto dinero?
—En principio, ingresar la mitad en una cuenta a nombre de Booman. Según la ley, el tesoro me pertenece, pero jamás lo habría encontrado sin la mediación de mi amigo invidente. Quiero consultar a un famoso oftalmólogo español. Tal vez la ceguera de Booman tenga cura — respondió Morris.
—Eres un hombre muy generoso. Otra persona en tu lugar... Pero dejemos eso, ya sé que te disgusta. Quería decirte, también, Jordan, que Dave Berlín ha superado su pulmonía y abandonará en breve el County Hospital.
La mano derecha de Morris se tenso alrededor del auricular. El aparato produjo un seco crujido que el juez Landfield interpretó adecuadamente.
—Tranquilízate, Jordan. Aún no hemos encontrado a Sally O'Grady, pero dos agentes de la policía judicial vigilarán a Berlín desde el momento que abandone el hospital. Si da un paso en falso estará perdido-dijo.
Las palabras de Landfield devolvieron la calma al doctor Morris.
El temporal de nieve había cedido durante los últimos días, pero los informes meteorológicos preveían una nueva ola de frío para la segunda decena de diciembre.
Chirty Douglas se había entrevistado por fin con Booman y ambos hacían proyectos para su futuro negocio de artesanía, pero la joven de los cabellos rubios parecía rehuir sistemáticamente al doctor Morris.
Jordan atendía a sus pacientes, recorría las granjas de la comarca en su función de veterinario y supervisaba los trabajos de reforma en Grandish Mill. Desde la semana anterior el equipo de albañiles, electricistas y carpinteros se habían duplicado, de forma que Jordan confiaba en ver terminadas las obras en breve plazo.
—Instale una caldera de calefacción, doctor —le había recomendado el jefe de los operarios—. Dispone de leña suficiente para alimentarla y sería muy conveniente para que estos gruesos muros se secasen cuanto antes, si quiere habitar la casa próximamente.
Aceptó la recomendación. Instalaron la caldera y también una docena de radiadores, que empezaron a funcionar desde el primer día. El aspecto de la casa había cambiado por completo. Los obreros habían limpiado el exterior de maleza, matorrales y escombros. Las estancias interiores estaban vacías aún, pero perfectamente habitables.
Aquella tarde, Jordan despidió a los obreros, que le saludaron

alegremente después de recordarle que Morris les había prometido un banquete campestre a la terminación de las obras.
Contemplaron la gran chimenea de piedra y roble en la que ardía ya una alegre fogata, tuvo un ensueño singular: por breves instantes vio a Chirty Douglas sentada en una silla cómoda, vestida con ropas hogareñas y dirigiéndole una amorosa mirada.
Parpadeó, deslumbrado, y tornó a la fría realidad.
—Ella se casará con Hamilton y yo seré un soltero por el resto de mis días — murmuró, hosco y entristecido.
Sin embargo, sería hermoso tener una esposa como Chirty. Una mujer capaz de llevar consigo la alegría de vivir, el entusiasmo y la ilusión.
Fue... como un hechizo. En aquel momento, incluso le pareció escuchar las alegres carcajadas de la sobrina del doctor Douglas. Preocupado, Jordan dirigió una ojeada a su alrededor y pensó: «Quizá los habitantes de Highstone tengan razón: esta casa parece embrujada.»
Se volvió de un brinco al oír unos pasos. Y sus ojos se desorbirtaron al ver aparecer a Charity Douglas en compañía de Booman. Ella vestía un ajustado vestido de tricot, rojo, una cazadora de piel del mismo color y un gracioso gorrito de lana a juego. Las botas altas eran igualmente rojas, de charol, tan coloradas como sus arreboladas mejillas.
—¡Chirty! —exclamó, fascinado—. Hace un momento imaginaba...
Ella rió alegremente.
—Booman quería venir aquí y decidí acompañarle en mi pequeño auto deportivo. Tenemos que darle grandes noticias, Jordan. Booman y yo hemos firmado un contrato: él fabricará esos bellos objetos de artesanía y yo los venderé en la tienda. Repartiremos los beneficios al cincuenta por ciento —anunció, gozosa.
Booman se acercó y oprimió el brazo de Morris.
—¿Qué le parece, doctor? ¿No es una gran noticia? —exclamó.
—Espléndida, muchacho, espléndida —respondió. Y estuvo tentado de confesar a ambos que Booman jamás tendría que preocuparse en adelante por su porvenir, pero calló—. Os propongo que festejemos vuestro contrato con unas copas en el bar de Berenson.
Se volvió. Chirty contemplaba el gran salón-biblioteca con asombro.
—Ha llevado a cabo una gran obra, Jordan —dijo ella—. ¡Cualquiera diría que este caserón, hace menos de un mes, era nada más que el siniestro Molino del Incinerador. Es un lugar precioso. ¡Me gustaría vivir en un sitio así!
«Puedes vivir aquí por el resto de tus días, si lo deseas, querida», expresaron los sentimientos más íntimos del doctor Morris. Pero sus labios permanecieron mudos.
Recorrieron el caserón, estancia por estancia. Todo olía a madera

nueva, a barniz y a estuco. El ambiente era cálido y un poco húmedo todavía
—Los albañiles han dado cuenta del vino que traje esta mañana —anunció el doctor Morris—. Dejemos esto y vayamos al bar de Berenson. Me gustaría invitaros.
—Encantada, doctor —dijo Chirty, dirigiéndole una intensa mirada. Pero Jordan desvió tímidamente los ojos, quizá temeroso de dejarse abrasar por aquellos otros llenos de fuego.
Salieron. El «pequeño auto deportivo» de Chirty era un poderoso «Aston Martin» de color azul metalizado. Como Jordan tenía su jeep, tuvo que resignarse a conducir su vehículo en pos del de Chirty. Booman, como al acaso, subió al jeep.
Ella les dejó muy atrás en pocos segundos, aunque su deportivo patinaba en la senda elevando torbellinos de nieve.
—¿No es un encanto, doctor? —comentó Booman—. Me refiero a Chirty Douglas, naturalmente. Y ¿quiere que le haga una confidencia? Me parece que ella está enamorada de usted.
—¡Booman!
—Vamos, vamos, no se haga de nuevas. Sé que usted también ama a esa deliciosa joven. ¿Sabe? Durante toda la tarde, Chirty no hizo otra cosa que hablar de usted. Quería saberlo todo acerca del doctor Morris. Y yo la complací cumplidamente.
—¡Eres un conspirador de guardarropía! Merecías...
—Tal vez no merezca amigos como usted y Chirty Douglas, pero sé que ambos me aprecian. Y eso es suficiente. En cuanto a usted, doc, no se ofenda, pero debía aprovechar la buena disposición de Chirty, ser... un poco más arrojado.
—No sabes lo que dices, amigo mío. Yo soy como tú, Booman. Ambos somos un par de solitarios, de misántropos, de personas que esperan poco de la vida... Desengáñate, Booman: Chirty se casará con Hamilton Douglas y el viejo Hakerson gozará intensamente sabiendo que su fortuna se verá engrosada por la de esa magnifica muchacha. Y nada más.
—Vaya —musitó el ciego quedamente—. Me acaba de arrojar un jarro de agua fría, doctor. Yo que me había hecho ciertas ilusiones...
Llegaban al cruce de carreteras. Jordan irguió la cabeza de repente y afirmó:
—¡Tienes razón, camarada! Hay que alimentar la ilusión. Gocemos del momento presente. Después...
El jeep cruzó por delante de la gasolinera y se detuvo ante el bar de Berenson, donde estaba aparcado el «Aston Martin» de Chirty. Ella les aguardaba en lo alto de la escalinata y agitó alegremente la mano.
—¡Gané la carrera, muchachos! Tomaré a la salud de ambos uno de sus famosos grogs, doctor Morris!

La entrada de los tres en el bar causó cierta sensación, quizá porque a la mayoría le sorprendía ver a la prometida de Hamilton Douglas en compañía de Jordan Morris. Pero ellos fueron a ocupar su lugar habitual en la chimenea y tomaron asiento sin preocuparse de la expectación que causaban en los demás.
Bebé acudió presuroso a su encuentro.
—Un profesor Newland, de Crankon, ha estado llamándole por teléfono desde las cinco de k tarde, doc. Quiere que le telefonee en cuanto pueda. Tengo su número de teléfono —informó a Jordan.
Una arruguita apareció en el entrecejo del médico. Pero en seguida reaccionó.
—Atiende a mis amigos, Bebé. Yo iré a telefonear. Volveré en seguida —dijo.
Terry Berenson le tendió el teléfono en un extremo de la barra. Morris marcó el número que Bebé había anotado en un bloc y aguardó.
—Laboratorio Newland. Dígame —pronunció una voz nasal.
—¿Fred? Soy yo, viejo amigo. ¿Qué ocurre?
—Es acerca de esa muestra que me enviaste para analizar. ¿Dónde diablos recogiste esa densa grasa de color verde, Jordan?
—¿Tienes el resultado? ¿Qué diablos es eso, profesor? —inquirió Morris, atento.
—Una grasa orgánica, desde luego. Una grasa animal, formada por esteres neutros de glicerina en asociación con ácidos grasos —pronunció el profesor Newland, falsamente irritado—. Lo que me intriga es el estado actual de esa grasa: semejante a la hallada en algunos yacimientos de fósiles prediluvianos. ¿Dónde tomaste esa muestra, Jordan?
—En un bosque cercano a Highstone. A juzgar por el tono de tu voz, el resultado de ese análisis te resulta apasionante, Fred.
—Cierto. La grasa que me enviaste es rica en ácido palmítico, propia de los grandes saurios del período Secundario y Terciario. ¿No puedes decirme de qué animal obtuviste esa muestra?
La respuesta de Morris se demoró unos segundos. Su cerebro elaboraba ideas inquietantes. Recordó la excursión al bosque con. Booman, las hierbas aplastadas, la gran mancha de grasa verdosa, la altísima y repentina elevación de la temperatura, la luz vivísima y cegadora, el misterioso zoom, el viento huracanado que lo arrastró como a una pluma…
—No lo sé, Fred —respondió, y no mentía—. Por ahora no puedo decirte más. Tal vez más adelante… Pero te agradezco vivamente tu colaboración.
—Telefonéame inmediatamente si descubres la fuente de esa grasa verdosa. Podría resultar un hallazgo sensacional —se despidió Fred Newland, desde Crankon.

Jordan colgó el teléfono lentamente, pidió a Berenson que anotase la llamada a su cuenta y volvió pensativo al rincón de la chimenea.
Chirty le miró con ansiedad.
—¿Malas noticias, Jordan? —susurró.
Morris suspiró profundamente.
—Desde luego que no. Y ahora, amigos, divirtámonos por esta noche. Encargaré a Bebé una gran cazuela de lomo al ron cigalas a la hawaiana y queso de Kentucky. ¿Qué tal un par de botellas de vino de California? ¡Estupendo! ¡Eh, Bebé!
Mientras el hijo de Berenson tomaba nota del pedido, Morris advirtió que las miradas de la mayoría de los clientes les contemplaban con simpatía. Algo estaba cambiando entre aquellas gentes. ¿Sería, tal vez, la presencia de Chirty? Jordan se contestó a sí mismo afirmativamente. Ella era capaz de provocar el entusiasmó allá donde llegase.
Llegaron los discretos manjares de Berenson, las rodajas de cebolla frita y dorada, las verdes y crujientes aceitunas, los rojos salmonetes —regalo de la casa—, las botellas de vino...
Chirty reía a cada momento y sus ojos verdes tenían chispitas doradas. Jordan llenó otra vez las copas de vino al resplandor de las llamas... ¡Qué bella era la vida en algunas ocasiones! Lástima que...
Pero no había que pensar en cosas desagradables. Chirty estaba hablando de la Navidad, tan próxima, de las fiestas usuales por tales fechas, de las bellas baladas cantadas en grupo, de las hojas de muérdago, de las campanillas que colgaban de los árboles de Navidad, cuajados de pequeños regalos... Y sus ojos se encendían y sus labios carnosos brillaban como rubíes. Jordan sintió la irresistible tentación de besarla, pero era demasiado tímido para llevar a cabo semejante osadía.
También Booman disfrutaba como nunca. Sus gafas oscuras habían resbalado hasta la punta de su nariz, mostrando unos ojos oscuros y estáticos.
De pronto, el doctor Morris formuló aquella pregunta que paralizó al ciego.
—Booman, ¿cuál fue la causa de tu ceguera?
Las facciones del joven invidente se tornaron rígidas instantáneamente, pero en seguida intentó sonreír.
—Me... me dieron una... una tremenda pa.. paliza —tartamudeó inesperadamente—. Fue en... en el... Cen... Centro de Pro... Protección de Jó... Jóvenes de Seattle. —Luego añadió de corrido, aunque con un leve trémolo en la voz—: El médico que me examinó dijo que mi ceguera era irreversible. Yo tenía quince años. Ahora tengo veintiséis.
Chirty había quedado en suspenso. Sus labios se plegaban en un rictus doloroso.

—Ya veremos — rompió el silencio Jordan—. He enviado una carta a un famoso oftalmólogo español. Te llevaré a hacer unas comprobaciones a Crankon y enviaremos el resultado a España. No puedo darte seguridades, camarada, pero ¿quién sabe?
Chirty se animó en el acto.
—¡Sí! ¿Quién sabe? Animo, Booman. ¡Si pudieras recuperar la vista...!
—Tal vez entonces no sería tan feliz como ahora —respondió el joven.
—O quizá lo serias mucho más —dijo Morris. Llenó los vasos de vino, los instó a beber y volvió la alegría. Booman parecía ilusionado.
Pero al otro lado de los ventanales empañados lució una luz azulada intermitente y un automóvil penetró en la ciudad a gran velocidad.
Poco después entró en el bar un empleado de la gasolinera y dio la noticia:
—El sheriff ha vuelto a Highstone. ¡No hay pulmonía que pueda con Drake Berlin!
Booman se agitó en su asiento y la alegría huyó de sus facciones. También Jordan Morris cesó de charlar animadamente con Chirty Douglas. La noticia de la vuelta de Berlin había traído un soplo helado al confortable bar de Berenson.
—Come, Booman —fe animó Chirty. Pero el joven sólo bebió un vaso de vino. Jordan bebió también, calmosamente.
Fumaron cigarrillos, mientras los más veteranos clientes de Berenson hablaban de formar una partida de expertos tiradores que saldrían a la mañana siguiente para abatir a las manadas de lobos que pululaban por las proximidades de Highstone.
Chirty se estremeció.
—¡Qué extraño! —dijo—. De repente tengo frío.
Miró a Jordan y él le sostuvo la mirada. Los ojos verdes de la joven tornaron a resplandecer.
—Fue una sensación pasajera, inexplicable. Ahora vuelvo a sentirme bien. Pero tengo que irme... ¡Es tan tarde! Mi tío comenzará con sus admoniciones y reproches: le gusta que todos estemos a la hora en punto en casa. Aunque me temo que esta noche no acudiré a cenar en compañía de mis solemnes parientes...
Soltó una risita picaresca y se puso en pie. Como al azar, susurro al oído del doctor Morris:
—¿Quieres acompañarme a casa, Jordan? Los lobos rondan muy cerca.
Y él la acompañó hasta la puerta, después de que ambos hablaron con Booman. El «Aston Martin» zumbó estruendosamente y salió disparado.
—No está bien, Chirty. ¿Qué pensaría Hamilton si pudiera vernos juntos en tu coche? —dijo Jordan, mientras el coche se deslizaba por las desiertas calles de Highstone.

—Arrugaría su nariz aguileña, muy ofendido, carraspearía con displicencia y... pediría un jerez a Hawkins, su mayordomo. Es un animal de sangre fría, cerebral, indolente y parsimonioso. Estudiaría la situación sin prisas, reflexionaría lánguidamente y... lo más seguro es que decidiese que no valía la pena molestarse —respondió Chirty, irónica.

—¿No lo tratas con excesiva dureza y despego? —le reprochó Jordan —. Recuerda que aún eres su prometida.

Chirty detuvo el coche de un frenazo, giró hacia Jordan y le besó fogosamente en la boca.

—Esta noche no pensaré en Hamilton, sino en ti —pronunció con voz cálida y vibrante—. Ahora, sé buen, chico y baja del coche. Volveremos a vernos.

Profundamente desconcertado, Jordan obedeció. El coche se alejó con un zumbido infernal, calle arriba, hacia la mansión Douglas.

Todavía tenía Jordan en sus labios el calor tibio de los de Chirty, cuando giró sobre sus talones y descendió sin prisas a lo largo de la calle nevada.

La temperatura era muy baja, pues el cierzo de la tarde había endurecido la nieve y el aliento se helaba en pocos segundos. Pero aquella noche, Jordan Morris no sentía frío, él, que había nacido en Orlando, Florida.

Llego al bar de Berenson quince minutos más tarde. Los veteranos cazadores de Highstone seguían discutiendo acaloradamente los detalles de la partida de caza que emprenderían al día siguiente.

Booman se había ido a la cama. Jordan pago la cuenta, tomó una última copa de coñac y pidió a Bebé que le acercase el teléfono.

—¿Dave Berlín? —pronunció, en cuanto tuvo línea.

—Sí, aquí el sheriff de Hightone —respondió una voz bronca y aguardentosa.

—Soy Jordan Morris, sheriff. Tengo entendido que usted tenia algunos cargos contra Booman, antes de pillar aquella pulmonía...

Berlin ahogó una frase malsonante. Pero el doctor Morris no le dio tiempo a desahogarse:

—Si sigue empeñado en perseguir a Booman, tendré que pedir al juez que investigue el paradero de Sally O'Grady. Conque usted dirá, sheriff Berlin...

CAPÍTULO X

«Es como una maldición bíblica», reflexionó Jordan Morris, mirando de reojo a Drake Berlín, que fanfarroneaba en medio de un grupo de obsequiosos y gorrones parroquianos.

Berlín había llegado al bar de Berenson a las ocho de la mañana y desde entonces había asumido la voz cantante entre los cazadores. Invitaba constantemente a «toda la barra» y disponía, arbitraba y dirigía sin cesar.
Según apreció el doctor Morris, el sheriff de Highstone había adelgazado algunos kilos, si bien seguía siendo tan corpulento, agresivo y grosero como siempre. Sus ojillos oscuros tenían toda la maldad del mundo, sombreados por unas cejas demasiado juntas y velludas.
Los loberos habían traído sus costosos rifles, cananas, prismáticos de largo alcance y otros elementos del sofisticado equipo. La mayoría de los personajes eran ricos ganaderos, madereros e industriales de Highstone, que podían permitirse lujos que estaban lejos de las posibilidades de la mayoría de los ciudadanos.
Reunidos en abigarrado grupo alrededor del sheriff, discutían, fanfarroneaban y daban consejos a los más jóvenes y excitables. En el exterior, una jauría de sabuesos producía una terrible algarabía de ladridos, gruñidos y gañidos.
Llegó Grant Jerrison, el alcalde, imponente en su trenka de piel de foca, y fue a reunirse con el grupo de Berlin, a quien abrazó y lisonjeó sin pudor. La reunión se animaba al compás de las abundantes copas de coñac o bourbon, que Terry Berenson y un camarero llenaban constantemente.
Luego fueron llegando otros personajes: el reverendo Nathan Wing, el notario Crestón, el elegante Hamilton Douglas... Este último vestía un atuendo de caza impecable, que seguramente había estrenado aquella mañana. Ninguno de ellos se dignó dirigir una mirada hacia el extremo de la barra, donde Jordan Morris bebía a pequeños sorbos su café con coñac.
Fuera, la densa niebla flotaba sobre el asfalto como algo sólido y pegajoso. Se veían los faros de algunos vehículos que rodaban por la carretera, muy lentamente.
De improviso, resonó el vozarrón de Dave Berlin.
—¿Usted no piensa venir con nosotros, señor Morris? Tengo entendido que es un buen tirador, un experto en la caza mayor. ¿No se anima a formar parte de nuestro grupo? Aunque a alguien le disguste, usted forma parte de nuestra comunidad. Numerosas manadas de lobos han producido ya más de cien víctimas en las granjas del contorno. Vamos, anímese, hombre. ¿Qué opináis vosotros?
Berlin se volvía a consultar a la numerosa audiencia. Jordan escuchó algún comentario despectivo a media voz, pero no se inmutó. Y dijo:
—Tengo que estar en el rancho de Kovacs a las doce del mediodía, para vacunar unas terneras. Además, no tengo a mano mi rifle. Por otra parte, ustedes son ya casi cuarenta hombres. Creo sinceramente

que no me necesitan.
Pero en aquel momento se oyó en la calle un horrísono petardeo y el «Aston Martin» de Chirty Douglas se detuvo delante del bar con un chirrido de frenos.
Chirty apareció un momento después. Vestía pantalones de pana, botas de montaña y una trenka impermeable. Miró a Morris, pero se dirigió a Berenson.
—Un café ardiendo, Terry, ¡Brrr, hace un frío de mil diablos! —exclamó.
Su presencia atrajo todas las miradas. Y el sheriff volvió a insistir con redomada malicia:
—Yo le dejaré uno de mis rifles, señor Morris. Y toda la munición que necesite. ¿Viene o no viene?
«Voy porque... está Chirty», pendo Jordan. Y asintió con el gesto.
—De acuerdo. Pero no me gustan esos perros. Son demasiado escandalosos. Los lobos son muy inteligentes, astutos y arteros. Si escuchan los ladridos de esos sabuesos, se la arreglarán para esconderse. Yo los dejaría aquí.
Sus palabras desataron un coro de comentarios encendidos. Los cazadores más veteranos estaban de acuerdo con el doctor Morris, los más jóvenes impusieron finalmente su voluntad, respaldados por Drake Berlín. Los sabuesos formarían parte de la batida.
Los cazadores comenzaron a abandonar el bar. Casi todos llevaban una buena provisión de coñac, de whisky o bourbon. Al cabo de unos minutos, sólo quedaron en la barra Jordan Morris, Chirty y su prometido, Hamilton Douglas.
—¿Vienes, Chirty? —preguntó Hamilton, dejando un billete de cien dólares sobre la barra.
—Voy con el doctor Morris —resolvió la joven, tras una breve vacilación—. Su coche lleva cadenas y tracción a las cuatro ruedas. Nos veremos en la montaña, Hamilton.
En la calle, los cazadores subían a camionetas, jeeps y otros vehículos, al tiempo que los perros eran obligados a subir a un furgón de color gris.
Chirty pidió a Berenson cigarrillos y se reunió con Morris.
—¿Estás loca? —susurró él—. Estás provocando a Hamilton con tu actitud.
—No me importa. El se siente muy cómodo en la compañía del sheriff —respondió Chirty, rabiosa.
Salieron y se acomodaron en el jeep, que se puso en marcha detrás de la larga caravana formada por una docena de vehículos. Cruzaron la carretera en medio de la persistente niebla y tomaron el camino forestal que llevaba a Eagles Pike. Durante media hora, ni Jordan ni Chirty pronunciaron una sola palabra. El la miraba a hurtadillas de

cuando en cuando, pero ella permanecía encerrada en sí misma, con los labios tercamente apretados.
Los vehículos que les precedían patinaban sobre la nieve endurecida de la empinada trocha forestal. Unos minutos más y los primeros coches se detuvieron al margen del camino.
Chirty y Jordan bajaron del jeep y se aproximaron al grupo, en medio del cual el sheriff estaba impartiendo las órdenes que le dictaba su particularísimo criterio.
—...Bob y el señor Douglas, conmigo. Jim, Luke y Bill con Breeman. Everett ya tiene formado a su grupo, lo mismo que el vicario. La señorita Chirty Douglas puede venir con nosotros. ¿Con quién irá usted, señor Morris? —dirigió una mirada a hurtadillas a Chirty, que pateaba el suelo con sus botas.
—Me da lo mismo, siempre que no tenga a mi lado esa reala de estrepitosos sabuesos —respondió Jordan, desinteresado. Y se unió al grupo del notario Crestón, después de que Berlin le entregase un rifle.
Iniciaron la ascensión a través de lo más tupido del bosque. Los distintos grupos se habían separado, precedidos por los perros, que a duras penas sujetaban de sus traíllas los cazadores más jóvenes y atolondrados.
Un rato más tarde, Jordan escuchó los primeros disparos. Morris, Crestón y otros tres hombres de edad madura se encontraban en una vaguada profunda cuando restallaron, lejanas, las detonaciones. Los insistentes ladridos de los sabuesos ponían una nota de urgencia y tensión en el ambiente.
—Subamos a esa colina; desde esa altura dominaremos la situación-propuso Crestón.
Avanzaron con dificultad por la empinada cuesta nevada. Ya llegaban arriba cuando se agitaron las tupidas ramas de los abetos en la colina. Con un movimiento brusco, el notario se echó el rifle a la cara. Ya apretaba el gatillo, cuando Morris desvió su arma de un manotazo.
—¡Cuidado, es la señorita Douglas! —gritó su advertencia.
Crestón palideció, consciente de que había estado a punto de matar a Chirty Douglas por culpa de sus nervios. Por fortuna, la rápida reacción de Morris propició que el tiro se perdiese por encima de las copas de los árboles.
—Creí... creí que eran los lobos —se disculpó el notario. Y se agachó para recoger sus gafas, que Morris fe había arrancado de un manotazo.
Chirty se acercó en una carrera.
—¿Qué haces aquí? — b reprendió el médico, irritado—. Míster Crestón se equivocó y ha estado a punto de meterte una bala en el cuerpo.
—Ya veo —respondió la joven, sin amilanarse—. La verdad es que no podía soportar a ese petulante hombre llamado Dave Berlin. Ha

invertido quince minutos en explicarnos cómo se sigue un rastro de lobos. Luego, cuando los perros han galopado a través del bosque, el sheriff los ha seguido, disparando en todas direcciones como un loco. Prefiero estar con ustedes. ¿Me aceptan en el grupo?

El notario se apresuró a asentir vivamente.

—Sí, sí, de acuerdo. Pero no se separe mucho de nosotros. Podría ocurrir un accidente —fue su extraño comentario.

Prosiguieron hacia la colina. Allá abajo, sólo quedaba el rastro de los cazadores sobre la espesa capa de nieve.

—Subamos más arriba —propuso el doctor Morris—. Hay unas cuevas en el lugar llamado Gray Promontory. Es posible que algunos lobos se oculten allí durante el día.

Los demás estuvieron de acuerdo, así es qué, en lugar de aproximarse a los restantes grupos —más al sur— siguieron ascendiendo hasta que el bosque de coníferas terminó bruscamente.

Chirty exhaló un gritito de susto:

—¡Allí, allí, sobre aquellas rocas grises! —indicó.

En efecto, sobre unos riscos erizados se ofrecía, gallarda, la silueta de un gran lobo adulto. Otras tres hembras permanecían a pocos metros de distancia.

Jordan introdujo sin prisas una bala en la recámara del rifle, elevó el arma y apuntó. Cuando tuvo al otro extremo de la mira la silueta del gran macho, apretó el gatillo.

Resonó una detonación anormal y Morris se desplomó al suelo dando un grito.

—¡Dios santo, le ha estallado el rifle! —chilló el notario, alarmado.

Chirty se abalanzó sobre Jordan Morris, que se cubría el rostro con ambas manos.

—¡Por amor de Dios, Jordan! —imploró la joven—. ¿Qué te ha ocurrido?

Se abrazó a él, trémula y sollozante, mientras los restantes miembros del grupo examinaban el arma, que Jordan había dejado caer sobre la nieve.

—El rifle está destrozado —comentó alguien—. Debía estar sucio o tal vez tenía el cañón atorado.

—¡Jordan, Jordan! —invocaba Chirty Douglas—. ¡Contéstame, te lo ruego!

Morris apartó lentamente las manos de su rostro, negruzco de la pólvora quemada.

—Estoy bien —anunció—. Sólo fue un desvanecimiento pasajero.

Chirty se le abrazó jubilosa y le besó sin preocuparse por la presencia de los demás.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Por un momento temí que hubieras resultado malherido, quizá ciego. De todas formas, pudo suceder algo

horrible. Creo que Dave Berlín tendrá que explicar esto. Quizá te entregó un arma averiada con toda la mala intención del mundo.
Crestón y los demás desviaron sus miradas, pero el doctor Morris asintió.
—Sí, creo que ese tipo tendrá que responder a mis preguntas.
Chirty le limpió la cara con un pañuelo, amorosamente. Sus cabellos habían quedado un poco chamuscados sobre la frente.
Por fortuna, Morris se recuperó en pocos minutos. Finalmente se incorporó, pidió a Chirty su carabina y le encomendó que guardara el rifle de Dave Berlín.
—Sigamos adelante —propuso con entusiasmo—. No ha ocurrido nada, señores. Tal vez no sea demasiado tarde para abatir unos cuantos lobos..., a menos que nuestro sheriff se nos haya adelantado —comentó, irónico.
Más allá de los riscos, volvieron a descubrir la manada formada por ocho individuos. Los lobos se alejaban sin prisas a través de un calvero, en dirección a los farallones de Gray Promontory.
—Demasiado lejos para hacer puntería —opinó Morris, volviéndose a sus acompañantes. Chirty se conservaba fresca como una rosa, pero míster Crestón y los otros tres cazadores jadeaban, por lo que el médico les propuso—: Quédense aquí y descansen un rato. Nosotros vamos a intentar acercarnos a esa manada.
—Tengan cuidado — les recomendó el notario—. No me extrañaría que volviera a producirse un accidente.
Se despidieron de ellos y se alejaron hacia los acantilados, siguiendo el rastro de los lobos. El firmamento ofrecía un color uniformemente gris, pero no nevaba ni soplaba el viento. Allá en lo alto, se erguía majestuosamente el Redcloud Mount.
—He ahí el Dragón dormido —comentó Jordan, deteniéndose un momento para recuperar el aliento.
—¿Te refieres al volcán? —respondió Chirty, mirándole con atención.
—En efecto. Quizá algún día se despertará. Todo lo hace prever así. Hace dos semanas se produjo un pequeño temblor de tierra, semejante al que registraron los sismógrafos cuando estalló el Saint Helena.
—¿Eres aficionado a la Vulcanología, Jordan? —preguntó ella.
—Mucho. He pasado horas y horas observando el cráter del Redcloud y he recogido muestras de lava petrificada de todos los colores. En Highstone dicen que estoy loco porque en cuanto tengo un rato libre corro hacia el volcán.
Prosiguieron la marcha. La manada saltaba ágilmente sobre los riscos, avanzando rectamente hacia las cavernas qué Morris había citado.
Crestón y los otros hablan quedado muy atrás. La ladera helada parecía solitaria y silenciosa.
Súbitamente, el silencio fue roto por tres rápidos disparos.

—¡Al suelo, Chirty! —gritó Jordan al escuchar los maullidos de los impactos que se estrellaban contra las rocas. Y derribó a la joven sin delicadeza.
—¡Dios nos asista! ¡Se han debido equivocar de nuevo y nos confunden con lobos!—se lamentó Chirty, muy asustada.
Otra tanda de balazos elevó surtidores de nieve por encima de sus cabezas.
—No se trata de ningún error, mujer —susurró Morris, protegiendo a Chirty con su cuerpo—. El que sea, tira a dar deliberadamente. Creo que soy yo el blanco de esos disparos.
—¿Hablas en serio? ¿Piensas que alguien se propone asesinarte?
—Dave Berlín. Lo ha intentado con ese rifle, averiado a propósito. Y ahora aprovecha que nos hemos separado de nuestro grupo para Balearme a placer. ¡Mira! Debe estar apostado allí, bajo aquellos árboles que crecen en la base del acantilado.
Chirty alzó la cabeza para mirar, pero Morris volvió a aplastarla contra el suelo nevado. Simultáneamente sonaron otras cuatro detonaciones, rapidísimas, y la nieve salpicó sus ropas.
Aguardaron, inmóviles y tensos. Habían transcurrido varios minutos cuando Chirty exhaló un grito penetrante:
—¡Jordan, la montaña se derrumba! ¡Es una avalancha!
Allá en lo alto de Gray Promontory, toneladas y toneladas de nieve se alzaban espectacularmente en el aire produciendo una avalancha impetuosa, que rodaba ya por la falda de la montaña, a unos tres kilómetros de distancia.
—Pero ¿qué es eso que se alza del promontorio, Jordan? ¡Es... es coma., como una... astronave! —murmuro Con un castañeteo de dientes Chirty Douglas.

CAPÍTULO XI

La colosal silueta se alzó majestuosamente en el aire, dejando caer de las alturas chorros de nieve que semejaban enormes penachos blanquísimos.
—¡Jordan, Jordan! —Chirty hincaba sus uñas en el brazo del doctor Morris—. ¿Estás viendo lo mismo que yo?
Señalaba, trémula, a las alturas, muy pálidas y desencajadas las facciones.
—¡Sí! —murmuró el hombre, tan impresionado como ella—. Es increíble, pero Booman tenía razón: ellos estaban muy cerca.
—¿Ellos? ¿A quiénes te refieres?
Morris no respondió. La extraña silueta de la astronave se elevaba vertiginosamente en el aire hasta convertirse en un puntito remoto

que se perdió entre las plomizas nubes,

Sucedió a continuación un gran estruendo. Del extremo sur del acantilado seguían desplomándose centenares de toneladas de nieve, hielo y peñascos, que se abatían en una cascada espectacular y destructora por las laderas boscosas de Redcloud Mount.

—Jordan, ¿puedes explicarme qué ha sido eso? —insistió Chirty, a cuyas mejillas retornaba paulatinamente el color.

—No puedo explicártelo ahora. ¡Mira! ¡El alud va alcanzar a los que ascendían por la cara sur de Gray Promontory! —clamó el doctor Morris—. Corramos hacia allá, creo que se ha producido una catástrofe.

«Una catástrofe que, providencialmente, nos ha salvado del ataque de ese tirador emboscado», pensó al tiempo que tomaba a Chirty de Un brazo y ambos corrían hacia el lugar donde seguía produciéndose la avalancha.

Poco después se reunían con un grupo de cazadores que habían resultado indemnes. Uno de ellos era Hamilton Douglas, que escuchaba, como quien oye llover, las desesperadas llamadas de socorro de los que habían sido arrastrados por el alud.

Allá abajo, la avalancha arrastraba abetos centenarios como si fueran mondadientes. Con todo, el peligro había pasado en la cota en que se hallaban, por lo que Morris increpó a los paralizados cazadores:

—¡Aprisa, aprisa, muévanse! ¡Hay que buscar entre la nieve! Allá abajo está Jerrison, a punto de desaparecer bajo la avalancha.

Saltó hacia abajo, se dejó caer sobre el tronco derribado de un pino gigantesco y escarbó con las manos hasta liberar al alcaide, que se había roto la pierna derecha. Animados por su ejemplo, Douglas y los demás trataron de captar las llamadas de auxilio de otros accidentados. Por fortuna, minutos después llegó el grupo del notario Crestón, que se sumó a las tareas de socorro.

Durante dos horas, Jordan Morris se esforzó en entablillar piernas y brazos rotos, curar descalabraduras y curar heridas y hematomas. Cuando se pudo hacer el recuento de los heridos e ilesos, llegaron a la conclusión de que faltaban seis personas, entre las que se contaba el sheriff Dave Berlín.

—Dave estaba con nosotros cuando se produjo el alud —afirmó Hamilton. Y Jerrison, Temple y el reverendo Nathan Wing ratificaron su declaración.

—¿No vieron nada anormal en lo alto del promontorio? —indagó Morris.

—No —respondió el arquitecto Temple—. Berlin disparaba como un loco contra unos lobos que avistamos en esa garganta. Las detonaciones debieron provocar el alud.

«Os equivocáis, estúpidos —caviló Morris—. No fueron vuestros

disparos, sino ellos, al elevarse de su escondite en Gray Promontory.»
Por más que se esforzaron en buscar en la nieve, no hallaron a Berlín y los otros desaparecidos, por lo que el doctor Morris propuso que todos descendieran con precaución a lo largo del profundo surco abierto en el bosque por el alud.
A unos centenares de metros hallaron dos cadáveres aplastados bajo el tronco de un abeto gigante. Eran Jim Brown y Jack Weber, dos de los jóvenes encargados de la jauría. Tambien encontraron los cadáveres de casi una docena de perros, brutalmente destrozados por las rocas desgajadas.
Provisionalmente, además del sheriff fueron dados por desaparecidos Gary Bertrand, John McDane y Peter Davery. A las dos de la tarde, los maltrechos cazadores llegaron al camino forestal en el que dejaron los vehículos aquella mañana.
La cacería había resultado un fracaso: ni un sólo lobo abatido, dos hombres muertos y cuatro desaparecidos era el balance que arrojaba la partida.

* * *

—Booman, tus amigos estaban allí —dijo el doctor Morris.
Relató a su amigo invidente el incidente de Gray Promontory. Booman sonrió.
—Ellos le echaron una mano, doctor. Sabían que usted y Chirty estaban en peligro y decidieron ayudarles, porque yo les he dicho que ustedes son mis únicos amigos —expresó con toda la fe del mundo.
¿Cómo dudar? Morris había visto elevarse la gran astronave del acantilado. Lo había visto con sus propios ojos, al igual que Chirty. No se trataba, pues, de ninguna alucinación, sino de algo absolutamente real.
Jordan arrojó un par de tacos de leña al fuego de la chimenea. Se encontraban en Grandish Mill, donde pensaban residir a partir de entonces. Sólo habían traído los muebles imprescindibles, pero los días siguientes continuarían acarreando los restantes.
—Creo que vendrán esta noche —dijo Booman, de improviso.
—¿Quiénes? —murmuró Morris, inmerso en sus pensamientos.
—Mis amigos extraterrestres —respondió el ciego, como si se refiriera a alguno de los vecinos de Highstone—. Compréndalo, doctor: yo les hice venir y ellos piensan que deseo marcharme con ellos.
Jordan se agitó en un escalofrío de temor.
—Si vinieran, ¿qué decidirías tú, Booman? —se atrevió a plantear.
—Ya no quiero marcharme. Ahora soy feliz. Usted y la señorita Douglas son mis amigos. Ya no me siento triste. Les diré que les agradezco su presencia y su solidaridad, pero les confesaré la verdad:

me quedo. Ellos comprenderán mis razones, pues son mis amigos.
El médico no hizo ningún comentario. Miraba a través del ventanal hacia el exterior, donde seguían cayendo los blancos copos, sin cesar, desde que hacia las tres de la tarde se iniciara la nevada. Booman y él habían atendido el boletín meteorológico de la televisión y las perspectivas no podían ser más negativas: seguiría nevando en el noroeste por un espacio de tiempo impredecible. Precisamente el temporal de nieve había hecho imposible los trabajos de rescate de los desaparecidos en la montaña el día anterior.
Sin embargo, al atardecer se había producido un hecho singular: unos montañeros que provenían de Medford habían hallado a Dave Berlin vagando desorientado por las estribaciones de la montaña.
Según la información que Morris había recibido en el bar de Berenson, el sheriff daba muestras de padecer un ataque de amnesia. Había sufrido varias heridas en el cráneo y el rostro y le habían trasladado a Longley Clouds para examinarle en el hospital.
¿Qué le había ocurrido a Dave Berlin? Si era cierto que el sheriff había perdido la memoria, Jordan no podría interrogarle ni, mucho menos, acusarle por un intento de asesinato. «Tendremos que aguardar, por el momento», decidió.
Se alzó de su asiento y fue a la ventana, desde la que contempló la nevera mientras fumaba, abstraído, un cigarrillo.
Inmediatamente, acudió el recuerdo entrañable de Chirty Douglas y deseó fervientemente ver aparecer su coche en la nevada senda. Pero el paisaje, solitario y frío, le entristeció. «Nada de nostalgias —se reprochó a sí mismo—. Si no ha podido venir hoy, la veré mañana.»
La tarde anterior, Chirty y él habían colaborado estrechamente en el dispensario municipal, escayolando piernas y brazos rotos y curando las heridas de los accidentados. El doctor Hakerson Douglas, por el contrario, no hizo acto de presencia en el dispensario, ausencia que no pasó desapercibida para los heridos, todos ellos clientes de Douglas.
Ya había anochecido cuando terminaron las curas. Chirty y Jordan abandonaron el dispensario. Ella escrutaba con fijeza las facciones del médico.
—Creo que me ocultas algo, Jordan. Algo que tal vez guarde relación con lo qué vimos en Gray Promontory — rijo la joven.
Jordan tardó en contestar.
—Si te dijera lo que sé, quizá me llamarías ingenuo y crédulo.
—¿Por qué no me permites juzgar a mí? —protestó ella. Y le instó a hablar.
Morris le contó sus conversaciones con Booman, los inexplicables fenómenos de Cruze Gorge, el hallazgo del tesoro del Incinerador y la insólita habilidad del invidente para comunicarse telepáticamente.
—Ya sé que todo resulta irreal —terminó—. Pero ¿qué puede pensarse

después de ver lo que tú y yo contemplamos en los acantilados? Te aconsejo que no hables a nadie de ello: los demás cazadores no vieron nada, por lo que te tacharían de loca o visionaria.

—No diré nada, pero quiero ir mañana a veros. Lo haré sin falta. Me gustaría hablar con Booman —respondió Chirty.

Pero estaba anocheciendo y Chirty no había aparecido. Morris tenía que visitar la granja Kovacs, pero unos empleados de obras públicas le informaron que el camino estaba fuera de servicio por causa de la nieve, por lo que se limitó a enviar a Kovacs un radiograma diciéndole que le visitaría en cuanto el tiempo lo permitiera.

Al fin se apartó de la ventana y conectó el televisor. El boletín meteorológico advertía del peligro de aludes en la montaña y de las matanzas de reses que manadas de lobos producían en los ranchos y alquerías. Las carreteras de montaña del sudoeste de Oregón habían quedado cerradas al tránsito en su mayoría, por lo que los servicios de protección civil aconsejaban a los ciudadanos el aprovisionamiento masivo de provisiones, combustibles y medicinas de primera urgencia.

Jordan apagó el televisor y tocó el hombro derecho de Booman.

—Vamos a cenar al bar de Berenson, camarada.

Puso en sus manos el cálido chaquetón de piel que le había comprado en Medford y abandonaron el refugio de Grandish Mill.

Había una gran cantidad de camiones estacionados frente al bar de Terry Berenson, que estaba atestado de clientes, la mayoría conductores de los camiones detenidos por el temporal de nieve.

En la barra, Bebé informó al doctor Morris de las novedades: Drake Berlin permanecía hospitalizado en Longley Clouds y Chirty Douglas le había dejado una nota.

«Querido Jordan:

»No puedo visitaros porque mi tío ha caído enfermo con una bronquitis. Es tan testarudo que se niega a permitirme que te llame para que lo examines. Iré a veros en cuanto me sea posible.

»Afectos.

»Chirty.»

Jordan suspiró. Se sentía más tranquilo ahora.

Tomó a Booman por el brazo y fueron ambos a ocupar su sitio habitual junto al fuego.

—El doctor Douglas está enfermo con bronquitis. Esa es la causa de que Chirty no haya aparecido por Grandish Mill —informó al ciego.

—Es tan orgulloso que preferirá morirse antes de dar su brazo a torcer —opinó Booman.

Tuvieron que esperar largo rato antes de que Bebé Berenson les sirviera la cena. Terry se esforzaba en habilitar alojamiento para los camioneros, su esposa trabajaba sin aliento en la cocina y Bebé y un camarero se multiplicaban para atender a los clientes de la barra, que

comían y bebían como heliogábalos para combatir el frío.
Por su parte, los ciudadanos de Highstone, reunidos en el extremo más alejado de la barra, cambiaban encendidos comentarios sobre el incidente ocurrido el día anterior en Gray Promontorio, la insólita desaparición del sheriff y su aparición posterior a varios kilómetros de distancia. También, aunque en voz más baja, aprobaban la conducta del doctor Morris y de la señorita Douglas, que se habían desvelado para atender durante varias horas a los heridos y contusos.
Al fin, Bebé pudo llevarles la cena y Booman y el doctor Morris comieron en silencio. Estaban terminando cuando captaron aquella leve trepidación que en seguida fue in crescendo, de forma que el suelo tembló y las copas y botellas de las estanterías produjeron un sonoro y angustioso tintineo.
—¡Un terremoto! —gritó alguien. Y el pánico se desató en pocos segundos dentro del bar de Berenson.
Sin embargo, el sismo apenas duró cinco segundos. Poco a poco, los parroquianos que habían salido a la calle volvieron al bar, muy nerviosos e inquietos.
Aquella noche, a las doce, la televisión informó del hecho. El observatorio sismológico de Oregón había registrado un terremoto con potencia 6 según la escala de Ritcher. Se calculaba que el epicentro estaba situado en Redcloud Mount, condado de Highstone.
Cuando terminó el boletín informativo, Jordan Morris miró a Booman fijamente.
—Creo que ésta es la catástrofe que tú presentías. ¿Crees que el viejo Dragón entrará en erupción?
—Sí, mañana mismo —respondió el ciego, sin un trémolo de inquietud en su voz.

CAPÍTULO XII

¿Qué fue lo que lo obligó a despertar bruscamente en mitad de la noche?
Debió ser algo superior a sus fuerzas, pues de pronto se vio a sí mismo incorporado en el lecho, agitado y convulso.
Un fulgor rosado se filtraba a través de las rendijas de la ventana. «¡Algo está ardiendo!» —temió. .Y se puso apresuradamente un batín, introdujo los pies en unas zapatillas y corrió a la habitación de Booman.
El lecho estaba deshecho y... vació.
—¡Booman, Booman! — Llamó, aterrado. Y lo buscó por todas las dependencias, pero no lo halló.
Había algo raro en el ambiente. Aquella insólita luz rosada surgía por

doquier e iluminaba todas las estancias fantasmalmente.
Desalentado, corrió hacia la puerta principal, que halló abierta de par en par. El resplandor que penetraba por la puerta era mucho más intenso.
Avanzó despacio, con cautela, y asomó afuera. Y entonces vio las gigantescas siluetas a contraluz de la luminosidad que lo inundaba todo.
Incrédulo, contempló a los «amigos» de Booman, que rodeaban al muchacho invidente. Tenían figura antropomorfa, pero sus facciones eran animalescas, más propias de antropoides que de verdaderos seres humanos. Debían medir más de dos metros y medio, por lo que entre ellos Booman parecía enano y débil. Tenían cortos cuellos, cráneos atravesados por una protuberancia sagital, dos abultadas gibas dorsales, troncos robustos y oblongos y cortas piernas cubiertas de espeso vello pardo.
Sus ojos verdosos relucían en la penumbra, redondos como los de los prosimios. Cuando aquellas criaturas le miraron, Morris notó que sus cabellos se erizaban.
Pero entonces resonó, sosegada, la voz de Booman:
—No tema, doctor, mis amigos no le harán ningún daño, aunque son poderosos, mucho más poderosos que ningún ser humano. ¡Venga, venga, no tenga miedo!
Jordan avanzó unos pasos.
Contemplaba con los ojos desmesuradamente abiertos aquella claridad rojiza que parecía surgir de todas partes y de ninguna.
Había dejado de nevar, pero una capa de nieve de cuarenta centímetros cubría la explanada frente al caserón. Una niebla baja y espesa difuminaba las masas de los árboles del próximo soto y del río brotaban volutas de vapor verdoso. La luz espectral lo inundaba todo, incluidos los muros del molino, sus contrafuertes y tejados.
A Jordan se le ocurrió una idea divertida:
—¿Cuál sería la reacción de Chirty si pudiera contemplar esta singular escena?
Pero alzó la mirada, la posó en los verdes ojos de los amigos de Booman y la sangre volvió a enfriarse en sus venas.
Eran muchos: más de treinta. Booman se movía entre ellos como si se encontrase en su ambiente.
«¿Y si pudiera verlos, se sentiría tan sosegado?» —se planteó Jordan.
Booman tomó el largo brazo de uno de ellos, que le llevaba casi metro y medio de altura.
—Este es Jartux, el comedor de setas. He hablado con ellos telepáticamente y me han explicado muchas cosas, doctor. A Jartux le hirieron unos cazadores, confundiéndole con un grizzly, pero él no guarda rencor a ninguno de ellos. Su herida ya está cicatrizada. Le

bastó con volver a su astronave. Su camaradas le curaron en el acto. Pero ¿por qué no dice nada, doctor? — le apremió Booman.
Morris quiso decir algo, pero su voz no fue más allá de la garganta. Se mantenía a cierta distancia del grupo que formaban las silenciosas y excepcionales criaturas.
—Les he comunicado mi decisión: me quedo con usted, doctor. Ellos comprenden mis motivos: antes era desgraciado, ahora soy feliz. Mis amigos tienen muchas cosas que hacer y un larguísimo camino por recorrer, pero aún no se marcharan, pues creen que les necesitaremos. Ellos... también lo aprecian a usted, doctor.
Uno de los gigantescos personajes avanzó pesadamente unos pasos y tocó a Jordan, que se encogió sobre sí mismo.
—No tema —se diría que Booman podía ver—. Jartux sólo quería comprobar si su sangre es caliente, doctor. Admira esta particularidad de los mamíferos, ¿comprende?
Despacio, muy despacio, Jartux volvió con su grupo. En silencio, comenzaron a alejarse del Molino del Incinerador.
—Ahora se marchan, doctor, pero permanecerán cerca, por si los necesitamos. Deben ser muy apuestos, ¿verdad, doctor? —exclamó Booman.
Jordan iba a sonreír con ironía, pero se contuvo. Al fin y al cabo, el criterio sobre lo que es bello o feo depende mucho del punto de vista de cada cual.
—Sí, son... sorprendentes, Booman. Pero ahora volvamos a la casa. Ellos ya se han marchado y está helando. Ven.
El fulgor rosado iba disminuyendo progresivamente, de forma que antes de que penetrasen en la casa todo quedó en tinieblas.

* * *

La cafetera lanzó un silbido y el doctor Morris fue a apagar el gas. Se había despertado a las ocho de la mañana y ahora eran las ocho y media. Booman permanecía aún en la cama y Jordan se disponía a llevarle el desayuno.
No recordaba nada de lo sucedido de madrugada. Bueno, sí recordaba, pero lo había atribuido todo a un ensueño. Y ahora cuando caminaba con una bandeja en las manos dirigió una mirada a través de la ventana y se detuvo bruscamente. El tazón de café se derramó.
En la explanada nevada se distinguían unas huellas enormes que iban hacia el río Kruggles. Un rastro profundo y claramente visible, que obligó a Jordan a parpadear, incrédulo.
Cuando se serenó, tornó a llenar un tazón de café y subió el desayuno a Booman.
El ciego le agradeció el gesto con una frase amable, pero no hizo

ningún comentario, por lo que el doctor Morris tornó a la cocina y se sirvió un buen tazón de café, que acompañó con un doble de coñac.
—¿Fantasía, realidad, fenómeno sobrenatural? —se preguntó, lleno de perplejidad.
Comenzó a nevar copiosamente y un rato después el rastro de huellas quedaba borrado. Conectó el televisor. Mientras ponía en el fregadero la vajilla utilizada en el desayuno, oyó al locutor que anunciaba que el viejo volcán Redcloud (Nube Roja) había entrado en erupción de madrugada, aunque por el momento su actividad era escasa y no presagiaba tragedia alguna. De todas formas, las autoridades tenían previsto evacuar a las poblaciones cercanas: Highstone, Medford, Longley Clouds y Crankon... en el caso de que las condiciones meteorológicas lo permitieran.
Pero un informativo posterior indicó que tres helicópteros de rescate se habían estrellado o desaparecido en las inmediaciones de la población de Claridge.
Intimamente preocupado, Jordan Morris subió al dormitorio de Booman y le apremió:
—Vístete, camarada. Nos vamos de aquí.
El ciego no hizo ningún comentario. Se limitó a saltar de la cama y a obedecer.
A las diez de la mañana, abandonaron Grandish Mill a bordo del jeep. La nevada que caía en esos momentos era tan intensa que la nieve se amontonaba sobre el cristal parabrisas y dificultaba el movimiento de las escobillas limpiadoras. Apenas se veía a diez metros, por lo que Morris puso la luz larga y conectó la tracción a las cuatro ruedas.
Algunos minutos más tarde, los dos hombres llegaban al bar de Berenson. Estaba vacío, a excepción del dueño y su hijo, el pecoso Bebé.
—¿Adonde ha ido todo el mundo? —preguntó el médico a Terry Berenson.
Terry le devolvió una mirada llena de preocupación.
—Nuestro sheriff ha vuelto, hace apenas una hora. Estuvo aquí, lanzando acusaciones contra usted, doctor —dijo Berenson.
Jordan se quedó de una pieza.
—¿Acusaciones contra mí? ¡Soy yo quien tiene que arreglar cierto asunto con ese tipo! —exclamó, airado. Y añadió, más calmado—: ¿Y su amnesia?
Berenson rió sin ganas.
—Pero ¿no conoce usted a ese tipo? Berlin es muy capaz de fingir cualquier enfermedad o afección... si conviene a sus planes. Le aseguro que yo en ningún momento creí ese bulo de que el sheriff había perdido la memoria. Debe ocultar algo.
—Tiene usted una vista excelente, Terry. En efecto, ahora comprendo

lo que Berlin se proponía con esa pantomima. Intentó asesinarme en Gray Promontory y, al comprobar que había fracasado, temió que yo averiguara la verdad: ésa es la única razón de que fingiera su amnesia. Temía que yo le acusara ante las personas que componían la partida de caza —reflexionó Jordan Morris—. Por cierto, ¿qué clase de acusaciones lanzó contra mí?

Fue Bebé quien respondió en esta ocasión.

—Recordó sus visitas a Redcloud, doctor. Y sugirió veladamente a los que le escuchaban que usted, mediante una explosión, podía muy bien haber provocado la erupción del volcán. Después de que todos escucháramos los últimos boletines informativos, los ánimos están muy encrespados. Por su bien, doctor, le aconsejo que se pongan fuera del alcance de ese energúmeno. Es muy capaz de lanzar a la población de Highstone contra usted —explicó el joven.

Jordan consideró aquella advertencia. Y decidió:

—No creo que Berlin se atreva a tanto. Como tampoco creo que los ciudadanos de Highstone crean estúpidamente que yo puedo provocar la erupción de un volcán...

—Tal vez en circunstancias normales, no. Pero anoche los lobos pululan por las calles de esta ciudad, saltaron la alta tapia que existe en Cornel Street y atacaron las jaulas de visones que cría la anciana Mary Merriman. Los lobos, hambrientos, no sólo destrozaron las jaulas y mataron trescientas hembras de cría, sino que incluso atacaron a la señora Merriman, que resistió a duras penas las tarascadas de las fieras y logró ahuyentarlas después de abatir a dos machos con su vieja escopeta. Los lobos mataron dos caballos a Joe Greeson y seis terneras a Hay Rutherford. De madrugada, el policía Nelson Ropp y otros seis agentes tuvieron que dar una batida por la ciudad, para alejar a las manadas que deambulaban por las calles como si ésta fuera su casa...

Berenson hizo una expresiva pausa y añadió:

—Con todo eso, con la erupción del viejo Redcloud y con las copas que Berlin ha metido en los estómagos de los más excitados ciudadanos, esta misma mañana, ya puede hacerse una idea de lo que puede suceder. Nosotros, doctor, le apreciamos y respetamos, pero los ánimos están predispuestos en contra suya desde que llegó a esta ciudad. Por su bien, le aconsejo que tome precauciones. Con tipos con Dave Berlin, nadie puede sentirse seguro.

—Ya veo —murmuró Jordan, pensativo—. Por cierto ¿cómo llegó hasta aquí nuestro sheriff? Según tengo entendido, todas las carreteras estaban cortadas esta mañana.

Berenson señaló la máquina situada junto a la estación de servicio.

—Abusando de su autoridad, Berlin confiscó una de las máquinas que apisonan las pistas de esquí de Eagle Pike. Esa máquina dispone de un

motor poderoso y se desliza sobre orugas. Prácticamente puede ascender hasta la cima del Redcloud.
Jordan reflexionó durante unos minutos. De pronto, preguntó a los Berenson:
—¿Dónde está ahora el sheriff?
—Ha convocado a los del Comité de Protección Civil, de acuerdo con el alcalde y con el reverendo Wing. Imagino que aprovechará esa reunión, que se celebra en el templo, para seguir despotricando contra usted y excitar hasta el máximo los ánimos. No le aconsejo que se presente allí —fe recomendó Terry.
—No tengo miedo a Berlin, pero antes quiero llamar por teléfono al senador Alien. O quizá al juez Landfield. Cualquiera de los dos puede arreglar fácilmente este asunto —se excitó el doctor Morris.
—El teléfono no funciona. Es raro, pero es así. Cabe en lo posible que la nieve y la ventisca hayan destrozado alguna línea, pero lo cierto es que no podemos comunicarnos por teléfono. Tal vez la radio...
Booman escuchaba atentamente cuanto hablaban los Berenson y el doctor Morris, pero se mantenía en silencio.
Jordan hizo una profunda inspiración, cuadró los hombros y dijo como si hablara consigo mismo:
—Soy un hombre pacífico, pero ha llegado la hora de que me enfrente abiertamente a Dave Berlin. Escuche, Terry: ese hombre es un asesino. Mató a la anciana Mary Barner y es muy posible que haya cometido otros delitos tan graves como ése... Ustedes son personas honradas... Pues bien, les pido que cuenten esto a todo el mundo. Que sepan que el juez Landfield mantiene a Berlín bajo vigilancia, que intentó asesinarme y que, probablemente, conducirá a una tragedia a cualquiera que quiera seguirle. Voy a escribir una declaración, que cualquiera podrá leer, porque voy a clavarla en ese tablero de dardos...
Hizo lo que anunciaba en varias páginas de su block de recetas y colocó las hojas en la diana con la cinta adhesiva que Bebé le puso en las manos con una sonrisa de complicidad.
—Ahora, voy a reunirme con los ciudadanos de Higstone y a abrirles los ojos. Es posible que Berlin me mate en presencia de todos, pero no me importa. Es preciso que todos sepan la clase de monstruo que eligieron como jefe de policía —afirmó.
Ya se dirigía a la calle, cuando un jeep frenó espectacularmente ante el bar. De él descendió Chirty Douglas, que subió los escalones de un salto y penetró como una tromba.
—¡Aprisa, Jordan, por amor de Dios! ¡Mi tío ha caído al suelo fulminado por un ataque cardíaco! —exclamó, temblorosa y exaltada.
Morris se mordió los labios, vacilante. Pero en seguida se decidió:
—Vamos allá. Por favor, Terry: cuídense de Booman —les encareció. Y

salió a la carretera en pos de Chirty.
A las doce del mediodía, se produjo un seismo de fuerza 9. Una grieta profunda destrozó el puente sobre el río Kruggles.

CAPÍTULO XIII

El color volvía lentamente al rostro anguloso y severo del doctor Douglas.
—No se mueva de aquí, doctor Morris —susurró—. Chirty me ha contado lo que ocurre en Highstone. Dentro de esta casa, se encontrará a salvo. Yo le protegeré. Usted me ha salvado la vida.
Jordan recogió el material clínico que había utilizado, en su maletín profesional.
—No piense ahora en eso, doctor Douglas. Aún puede vivir muchos años si vigila su tensión sanguínea y hace algún ejercicio físico. Olvídese de los cigarros y el coñac. Elija un régimen dietético adecuado y procure adelgazar diez kilos. Por lo demás, esfuércese en no excitarse demasiado y no sufrirá ningún sobresalto como éste.
—¡Escúcheme usted a mí, Hipócrates del siglo XXI! —gritó Hakerson Douglas—. Sé muy bien lo que me conviene y no pienso…
—¡Cuidado, doctor! Esos accesos de ira elevaran su presión sanguínea —le advirtió Jordan Morris. Y el anciano se tranquilizo en el acto.
—Tiene razón, doctor Morris. ¡Es mi condenado carácter! Me esforzaré humildemente en seguir sus recomendaciones… por una vez —declaró —. Ahora, no sea loco y quédese aquí. Me parece que cometí un tremendo error respaldando la candidatura de Drake Berlin… Aunque probablemente, no será el único error que he cometido. Hamilton, ¡sal de esta habitación inmediatamente! — ordenó el enérgico doctor Douglas a su hijo, que aguardaba pasivamente a los pies del amplio lecho. Y Hamilton obedeció sin chistar, tras lo cual el anciano prosiguió—: Sí, doctor Morris, confieso que he cometido muchos errores. Solo vi en usted un competidor, un médico recién salido de la facultad o del hospital que podía fácilmente convertirse en mi rival. Debí formar un equipo con usted, para el bien de los ciudadanos de Highstone, pero mi soberbia no me lo permitió.
Chirty oía en silencio la confesión de su tío. De vez en cuando cambiaba una mirada de complicidad con Jordan Morris.
—Le presento mis excusas, Jordan, y le pido que sea mi amigo en el futuro. Es decir —alzó lentamente una mano—, si es que logramos salir de ésta, pues según tengo entendido la situación es difícil. ¿Quiere estrechar mi mano, doctor?
Jordan la tomó suavemente y la oprimió con suavidad.
—Ahora, por favor, dejadme descansar. Seguiré al pie de la letra sus

recomendaciones —dijo.
Chirty y el doctor Morris salieron, silenciosos, del espacioso dormitorio.
Ya a solas, Morris preguntó a la joven:
—¿Cómo sobrevino ese ataque?
—Yo fui quien lo provocó. Ya sabes que tío Hakerson padece una bronquitis. Debí escoger otro momento para decirle... Bueno, que no voy a casarme con Hamilton —expresó Chirty.
—¿Que no vas a casarte con Hamilton? —repitió Jordan, boquiabierto.
—Has oído bien —sonrió ella—. Me casaré contigo o... con nadie. Ahora ya lo sabes.
Una emoción intensa asaltó al doctor Morris. Hubiera tomado a Chirty en sus brazos y besaría sus labios hasta que ambos perdieran el aliento, pero en aquel momento Hamilton Douglas apareció en el vestíbulo, rígidamente erguido.
—Mantengo la palabra de mi padre, doctor Morris —manifestó—. Si desea quedarse en la residencia Douglas, nadie se atreverá a atentar contra usted.
Jordan lo miró sonriente.
—Pues muchas gracias, pero no pienso esconderme. Y ahora... —dirigió una encendida mirada a Chirty—: ¡Ahora menos que nunca! —y salió, como una tromba, seguido de la joven señorita Douglas.
Chirty se aferró a Jordan en la calle.
—¡No puedes ir! Berlín está excitado y podría...
Un motorista llegó en ese momento, frenó su máquina y los neumáticos con cadenas arrojaron cristales de hielo sobre el hombre y la mujer. El hombre de la moto alzó el visor de su casco y ambos reconocieron, con estupor, a Bebé Berenson.
—Vengo a darle un aviso urgente, doctor. Mientras mi padre y yo limpiábamos el bar, Booman escapó, subió a la máquina sobre orugas en la que llegó el sheriff y se alejó hacia la montaña —anunció, jadeante—. Lo siento, no pudimos detenerlo. Dígame, doctor ¿cómo es posible que un ciego conduzca un vehículo a motor? —planteó el muchacho, desconcertado.
Pero Morris no respondió. De un salto, había subido el jeep de Chirty y se alejaba ya como una tromba, calle abajo.

* * *

A Dave Berlín se le heló la mirada cuando sus ojos comenzaron a leer la declaración escrita en seis notas y firmada por el doctor Morris.
—¿Él escribió eso? —preguntó a Berenson, volviéndose con ímpetu.
El dueño del bar asintió. En realidad, había contado aquella historia a

más de trescientas personas, las cuales se habían encargado de propagarla entre los ciudadanos de Highstone.
Reaccionando salvajemente, el sheriff arrebató de la barra una botella de coñac y salió del bar. Los estupefactos clientes le vieron subir al jeep del doctor Morris y alejarse a toda velocidad hacia el camino forestal que conducía a las estribaciones del Redcloud Mount. El jeep se puso en dos ruedas al tomar la curva, pero milagrosamente recuperó el equilibrio cuando rodaba ya por el camino de hielo endurecido.
—¡Está loco! —exclamó el alcalde Jerrison—. Dave pretende que el doctor Morris ha provocado la erupción del volcán, trata de caldear los ánimos para lanzarnos contra ese médico que nos trató a todos con abnegación y esmero y ahora... ahora va en pos de él, cuando el Redcloud comienza a vomitar ríos de lava que llegan ya hasta el desfiladero de Eagles Pike.
—A mí no me importa demasiado Dave Berlin. Ni siquiera el ciego o el doctor Morris —gruñó un hombre obeso—. Lo que quiero es escapar de aquí antes de morir abrasado. Dígame, alcalde Jerrison, ¿qué medio de evacuación podemos utilizar?
Jerrison miró con ira al hombre que le interpelaba. Y gritó, colérico:
—¡Sólo piensan en abandonar la ciudad, como ratas en un barco que se va a pique! Pues bien: sólo se puede salir de Highstone cruzando el río Kruggles. Pero el río está lleno de témpanos de hielo, a punto de helarse. Los que se atrevan a atravesarlo en barca, deberán tomar todas las precauciones, pues caer al agua helada sería tan peligroso como ser alcanzado por la lava...
—Cualquier cosa antes que aguardar aquí a que la ciudad desaparezca bajo el fuego del volcán —respondió aquel individuo, violentamente. Y abandonó el bar. Otras personas le siguieron inmediatamente. En el bar sólo quedaron Berenson, su hijo y el alcalde.
—¿Qué va a ser de nosotros, Jerrison? —planteó el dueño del bar, muy preocupado—. Y, por cierto, ¿dónde se han metido los del comité de protección civil, el reverendo Wing, el notario Crestón, las fuerzas vivas de la ciudad?
El alcalde tomó su vaso de bourbon y bebió el licor de un trago.
—No lo sé. Probablemente están todos asustados y han ido a esconderse en el último rincón de sus casas —respondió con un jadeo ronco—. No se lo reprocho: yo mismo me siento aterrado. Y es lógico... El temporal de nieve hace imposible recibir socorro del exterior... Entretanto, el Redcloud arroja de su seno miles de toneladas de rocas, cenizas y magna incandescente. Según Ropp, un río de lava desciende por el desfiladero de Eagles Pike hacia Highstone. Creo que, en estas circunstancias, lo único que nos queda es impetrar la ayuda del Todopoderoso —expresó Jerrison. Y acercó su copa para que Terry

Berenson volviera a llenarla.

* * *

—¿Dónde está mi hijo, dónde está Hamilton? —bramó el doctor Hakerson Douglas, incorporándose en el lecho.

Chirty apareció en la puerta y se aproximó a su tío.

—Hamilton se ha marchado. A estas horas, es posible que haya logrado cruzar el río, poniéndose a salvo. O tal vez se haya ahogado.

—¡Maldito cobarde! —gruñó, llevándose la mano al pecho. Al cabo de unos minutos, alzó los ojos y miró a su sobrina—. Chirty, ¿es cierto lo que acaba de decirme Hawkins, es verdad que la lava del volcán se aproxima a la ciudad, a punto de cortar la carretera a Crankon?

La joven asintió con un movimiento de la cabeza. Luego, impulsivamente, tomó al viejo en sus brazos, unió su rostro al del doctor y murmuró:

—No temas, tío: yo no te abandonaré.

En silencio, unas lágrimas rodaron por las duras facciones de Hakerson Douglas.

* * *

El rastro del vehículo a orugas era fácil de seguir sobre la nieve. Pero más allá de Gray Promontory, el doctor Morris se vio obligado a abandonar el jeep y proseguir a pie. Ascendió por espacio de una hora, siempre tras las huelas de las orugas, y al fin se detuvo, exhausto, en una cresta rocosa.

El panorama que se contemplaba desde aquella altura era de una belleza salvaje, incomparable. Allá arriba, el Redcloud lanzaba a las alturas sordas explosiones y una rojiza columna de gases ascendía hasta los mil metros por encima del cráter.

Como seguía nevando copiosamente, el efecto era fascinante. El aire candente que brotaba del volcán licuaba la nieve en el aire y su luz rojiza lo teñía todo de un resplandor vivo y misterioso.

Por las laderas del monte corrían numerosos ríos de lava, que serpenteaban lentamente a lo largo de quebradas, gargantas y hondonadas. Bajo la nevada, los gases ardientes dibujaban una especie de alta cúpula de catedral bizantina.

Alrededor, en las cotas más bajas, ardían los bosques de coníferas, pero sólo en las márgenes de los ríos de lava, pues la nevada era tan espesa que apagaba los brotes esporádicos del incendio.

Recobrado el aliento, Jordan prosiguió en pos del rastro del vehículo que —increíblemente— conducía Booman. Lo halló de repente,

detenido al borde del río de lava que discurría por el fondo de una garganta. Subió de un salto a la cabina acristalada, pero Booman no estaba allí.
Cuando descendía, sintió un aguijonazo en el brazo izquierdo. Estupefacto, se palpó el bíceps y retiró la mano manchada de su propia sangre.
Inmediatamente, se dejó caer sobre la nieve.
Doscientos metros más abajo, Dave Berlín yacía de bruces, con un rifle apretado entre sus manos. Rechinando los dientes, introdujo otra bala en la recámara y tornó a disparar, pero Jordan Morris giró sobre sí mismo y se puso fuera de su alcance.
Berlín maldijo entre dientes, se puso en pie pesadamente y caminó, tambaleándose, sobre la pendiente de hielo.
Un pensamiento obsesivo dirigía sus movimientos: acribillar a Booman y al doctor Morris. A Berlin no le importaba morir allí mismo, pero después de matar a ¡sus dos irreconciliables enemigos, a los que había llegado a odiar hasta la locura.
Miró hacia el cráter. El resplandor le cegaba y la alta temperatura hacía arder sus mejillas cubiertas de arañazos y hematomas.
—¡Los alcanzaré! —rugió—. Los alcanzaré aunque me lleve el diablo.
No fue el diablo quien apareció ante él súbitamente, sino un grupo de colosales criaturas que parecían vomitadas por el cráter del volcán. Dave Berlin las vio aparecer de improviso a contraluz, contempló sus siluetas monstruosas y notó que el ardor de su rostro se convertía en el acto en frío de muerte. .
El rifle se desprendió inconscientemente de entre sus dedos y Berlin cayó de rodillas sobre el hielo a medio fundir. Los gigantes lo rodearon, lo alzaron del suelo y se lo llevaron.
Jordan Morris había seguido la escena desde el principio, aplastado sobre la nieve y con los ojos desorbitados de sorpresa y horror. Incapaz de reaccionar, vio cómo las criaturas que se llevaban a Dave Berlin desaparecían al otro lado del ventisquero.
Transcurrieron varios minutos. Jordan seguía de bruces sobre el suelo helado, incapaz de reaccionar. Hasta que escuchó aquella voz familiar:
—¡Doctor Morris!
Se incorporó pesadamente y miró hacia el lugar de donde provenían las voces. Un grupo de hombres, encabezado por Jim Kane, los dos Berenson y el notario Crestón, ascendía por la pendiente. Un momento después, el grupo de rescate se reunía con él.
—¿Lo han visto? —preguntó Morris, transtornado.
—Sí, hemos visto a Berlín ascender hasta el cráter del volcán. Ese tipo debe estar desequilibrado... ¡llegar hasta allí supone la muerte! —exclamó Jim Kane.
—Pero... ¿no han visto a los otros, a los que se lo llevaron?

Los recién llegados cambiaron miradas llenas de estupor.
—No, sólo vimos cómo Berlín trataba de acribillarle a balazos y luego dejaba caer el rifle y se alejaba hacia el cráter, a través del ventisquero —afirmó Terry Berenson—. Vamos, doctor, venga con nosotros. Es peligroso continuar aquí.
—Pero... ¡no puedo ir con ustedes antes de rescatar a Booman! ¡No me iré sin él! —protestó el médico, desasiéndose de las manos que le aferraban.
En aquel momento, Bebé Berenson gritó alegremente:
—¡Ahí está Booman!
En efecto, el joven invidente acababa de aparecer entre las enhiestas agujas del ventisquero. Inexplicablemente, Booman avanzaba entre los hielos con gran aplomo y seguridad. Bebé corrió hacia él y ambos se unieron al grupo en pocos minutos.
—¡Por amor de Dios, Booman! —clamó Jordan Morris—... ¿Cómo se te ocurrió venir a un lugar tan peligroso? ¡El sheriff pudo matarte!
Booman no hizo ningún comentario. Sumiso y silencioso, se dejó llevar por los Berenson hasta el vehículo a orugas. Cuando todos los hombres hubieron subido a la cabina, Jim Kane puso el motor en marcha y el vehículo se deslizó despacio ladera abajo.
Detrás de ellos resonó una horrísona detonación y grandes pedruscos rodaron espectacularmente pendiente abajo, desgajándose en trozos minúsculos al rebotar sobre las rocosas.
—¡Más aprisa, Jim! —acució el doctor Morris al encargado de la gasolinera—. ¡Me temo qué el cráter del volcán va a estallar de un momento a otro!
Booman palpó su brazo y susurró a su oído:
—No hay nada que temer, doc. Ese fue el último rugido del viejo Dragón. El volcán se apagará en pocos minutos.
Al alcanzar el lindero del bosque, Kane detuvo el vehículo y todos dirigieron miradas temerosas a las alturas.
—Pero... ¡el volcán se ha extinguido! —gritó Bebé Berenson, incrédulo.
Era cierto. Los bordes del cráter acababan de derrumbarse, las llamaradas y explosiones habían cesado y del volcán Redcloud apenas brotaba una columna de humo blanquecino. Rápidamente, los ríos de lava se iban solidificando bajo la nevada, que seguía cayendo inexorablemente sobre las cumbres y anfractuosidades del monte.
Un grito de alegría brotó de las gargantas de aquellos hombres que ya lo habían dado todo por perdido.
—¡Vamos, Jim, volvamos a casa! —exclamó, luego, Terry Berenson. Y el vehículo se puso en marcha de nuevo y alcanzó uno de los caminos forestales que atravesaban embosque.
Una hora después llegaban a Highstone. Una gran muchedumbre se

había reunido en el cruce de carreteras y contemplaba, absortos, a los expedicionarios que regresaban. De entre la gente apiñada, se destacó una joven muchacha rubia. . Era Chirty Douglas, que exhaló un grito de júbilo y corrió a abrazarse prietamente al doctor Morris.

EPÍLOGO

Jordan miró fijamente a Booman a través de las volutas de vapor de su grog ardiente.
—¿Qué hicieron con él, Booman? —preguntó en un susurro.
—Nada. Es decir, se lo llevaron hacia el infinito.
—Pero... ¿nunca volveremos a ver a Berlín? —insistió el médico.
—Jamás. Ellos le reeducarán y le convertirán en un verdadero ser humano. Quizá le devuelvan alguna vez... Pero para entonces, nosotros ya no estaremos aquí. Jamás tendremos que preocuparnos por Drake Berlín —aseguró el joven invidente.
En el bar de Berenson, los clientes festejaban la extinción inexplicable del volcán Nube Roja. Todavía nevaría a lo largo de varias jornadas, pero en Higstone estaban habituados a sobrevivir a los fríos y los hielos. Lo peor había pasado. Más tarde, llegarían los auxilios oficiales. Las carreteras volverían a estar expeditas y la vida tornaría ser como antes.
La alegría era general. Sólo Booman y el doctor Morris se mantenían silenciosos y pensativos, inmersos en sus pensamientos. Al cabo, Jordan inquirió:
—Entonces..., ¿tus amigos no volverán?
—No. Ya no los necesitamos. Ellos tienen otras misiones de las cuales ocuparse.
—Me pregunto una cosa, Booman: si tus amigos son tan poderosos, ¿por qué no te devolvieron la vista?
—Son poderosos, pero no son dioses —respondió el ciego, con una leve sonrisa—. Por otra parte, estoy seguro de que usted se ocupará de eso, doctor.
—Puedes darlo por seguro. Tengo en mi poder el resultado de las pruebas a que te sometió el doctor Philbrick, de Crankon. Philbrick dice que puedes recobrar la vista, Booman. En cuanto pasen las Navidades, Chirty y yo te acompañaremos a España, donde el doctor Barráquer se ocupará de tus ojos.
—¿Chirty y usted? —se incorporó Booman—. ¿Eso quiere decir que...?
—Si, vamos a casarnos muy pronto, camarada. ¿No es una buena noticia?
—¡La mejor que podría recibir! —respondió Booman. Y estrechó con calor las manos de su amigo.

En ese momento, Chirty Douglas penetró cómo un torbellino en el bar de Berenson:
—Mi tío se encuentra mucho mejor —anunció, jubilosa—. Hamilton ha enviado un mensaje por radió desde California. Anuncia que piensa casarse con una famosa estrella de cine... Por otra parte, el doctor Douglas está de acuerdo en que me case contigo. Y ahora, por favor, Jordan, bésame.
El doctor Morris enrojeció intensamente. Pero al fin tomó a la mujer, en sus brazos, la estrechó tiernamente y la besó rendidamente en los labios.
Los clientes de Berenson aplaudieron a rabiar. Todavía seguían aplaudiendo cuando Chirty y el doctor Morris abandonaron el bar y se alejaron en el jeep hasta el molino de Grandish...

FIN